CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

1

PRIMER CURSO DE 1949
IDEAS Y PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

(SEGUNDA EDICION)

•

Talleres de

Diciembre 1949 EDITORIAL LEX 20 cts.

LA HABANA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

....

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

EL CIRCUITO CMQ

Y LA

UNIVERSIDAD DEL AIRE

EL extraordinario poder de difusión que la radio ha llegado a alcanzar en nuestro tiempo, le impone delicadas responsabilidades. Por encima de todo, ha de ser un instrumento al servicio de los intereses colectivos. Estos intereses son muy diversos: van desde el ameno esparcimiento hasta la información de la conciencia pública con vistas a la defensa y fomento de su bienestar y de su cultura. Allí donde la actividad radial está predominantemente en manos de empresas privadas, tienen éstas un deber de autodisciplina y de autosuperación correspondiente a la libertad de que disfrutan. Así lo ha entendido siempre el Circuito CMQ, y por eso no ha cesado, desde su fundación, en procurar que el favor público de que gozan sus transmisiones se afinque siempre en la variedad y calidad más esmeradas. Gracias a eso ha podido ganarse a la vez esta empresa una popularidad y un prestigio de que está legítimamente orgullosa.

En relación con el empeño de difusión cultural que la UNIVERSIDAD DEL AIRE representa, nada mejor podemos hacer que reproducir aquí las palabras que hubo de pronunciar el señor Goar Mestre, Director General del Circuito CMQ, en la audición inaugural del 9 de Enero de 1949. Decían así:

"Es con verdadera satisfacción y orgullo, que este Circuito CMQ ha iniciado en la tarde de hoy la interesante serie de programas que trasmitirá cada domingo "LA UNIVERSIDAD DEL AIRE". Cuando hace aproximadamente cinco años nos marcamos la meta, entonces nebulosa y para muchos inaccesible, que significaba la realización de RADIOCENTRO, otros muchos deseos insatisfechos, otros muchos propósitos, se albergaban firmemente en nuestra voluntad. Entre ellos, el de aportar a nues-

tra radiodifusión los elementos culturales que pudieran contribuir al desarrollo del intelecto y la sensibilidad de nuestro pueblo, utilizando así en un noble experimento, el enorme poder de difusión de la radio con el propósito de "deleitar enseñando".

Una vez convertido en realidad el esfuerzo surgido de aquel sueño, RADIOCENTRO significó para esta empresa un símbolo de distintos anhelos; sin reparar en obstáculos ni dificultades, estos anhelos van cobrando forma y relieve tangibles. Demostración de lo dicho es la CMBF, Onda Musical del Circuito CMQ, y que se trasmite en los 950 kilociclos, que cumple, hoy por hoy, el propósito para el que fué creada... brindar al oyente cubano, durante 17 horas al día, música y sólo música, en un afán de dar buenos programas musicales. Y ahora, el Circuito CMQ brinda a toda la nación, de un extremo a otro de la Isla, LA UNIVERSIDAD DEL AIRE, manifestación cultural de primer orden, que convierte en hermosa realidad ese viejo, pero nunca olvidado, propósito nuestro de difundir en nuestras ondas, algo más que entretenimiento y expresiones de arte popular.

No queremos terminar estas breves palabras sin destacar el esfuerzo que constituye para el Dr. Jorge Mañach, hombre de múltiples y valiosas ocupaciones, dedicar parte de su tiempo a dirigir este empeño de difusión cultural.

Gracias a él es que se han hecho posibles estas audiciones, ya que sus entusiasmos y los nuestros al dirigirse hacia una misma meta, pudieron convertir en realidad LA UNIVERSIDAD DEL AIRE del Circuito CMQ".

●

Jorge Mañach

Introducción al Curso

AL inaugurar hoy las tareas de la Universidad del Aire, cuando todavía estamos en el estreno de un nuevo año, deseo, antes que nada, hacer llegar a cuantos nos escuchan los saludos y votos más cordiales de todos los que vamos a trabajar en esta empresa de cultura.

No se trata de un mero cumplido. Aprovechamos esta oportunidad doblemente inaugural para decir lo que ya después no tendremos ocasión tan buena de reiterar: que la Universidad del Aire quisiera ser, no un simple programa radial más, ni simplemente un grupo de señores de La Habana que hablan sobre cosas serias para quienes buenamente quieran escucharlos, sino algo así como el centro de una comunidad invisible de hombres y mujeres que, a lo largo de toda la Isla y aún más allá de sus orillas, comulguen con espíritu fraterno en un noble afán de claridad y de superación. Nacido de una idea generosa —la de contribuir con un nuevo esfuerzo a la difusión de la cultura en nuestro pueblo—, quisiera este empeño nuestro ser visto, y más que visto, sentido como cosa suya por todos aquellos a quienes nuestra voz alcance. Y si la amistad, más que un simple conocerse las caras, es un sentirse movidos por los mismos sentimientos y atraídos hacia las mismas cosas, podemos ya saludar como amigos a todos los que desde esta tarde se hayan dispuesto a escucharnos no con vaga curiosidad, sino con ánimo de simpatía y compenetración.

Apenas es posible en Cuba iniciar una actividad como ésta sin ponerla bajo la advocación de Martí, en quien encarnaron todos los más altos ideales cubanos. Alguna vez escribió él estas palabras: "La madre del decoro, la savia de la libertad, el mantenimiento de la República y el remedio de sus vicios es, sobre todo lo demás, **la propagación de la cultura:** hombres hagan quien quie-

ra pueblos". "Ser culto —dijo en otra ocasión— es el único modo de ser libre".

Noten ustedes bien, amigos radioyentes, el pensamiento profundo que tales palabras entrañan. Para nuestro patricio, la cultura no era —como muchos suponon todavía— un simple adorno, algo que se puede añadir o no añadir al hombre sin que éste se vea sustancialmente afectado. Por el contrario: considerábala Martí como un enriquecimiento de la condición humana misma. ¿Habrá quien juzgue exagerada esa ponderación? Por su misma evidencia y simplicidad, a menudo olvidamos el hecho humano capital de que el hombre no se distingue de los animales sino porque tiene conciencia, porque es, como dijo algún filósofo, "un ser vital capaz de espíritu". Resulta, pues, igualmente natural que todo lo que enriquezca o sensibilice la conciencia tiende a fomentar el ser del hombre, a hacerle más verdaderamente humano. Concretamente, esto significa hacerle más apreciador de su propia dignidad y de la ajena, más rico en pudores y en generosidades, más celoso de la libertad necesaria para desarrollar sus personales dotes, más capaz, en fin, de elevar progresivamente sus aspiraciones, de superarse a sí mismo. Por eso un pensador alemán contemporáneo, Max Scheler, coincidiendo con Martí aunque no le conociera, ha definido también la cultura como "el proceso que nos hace hombres".

Lo que sí ha solido discutirse en los últimos años, y precisamente bajo el estímulo de Max Scheler y de los llamados "filósofos del sentimiento", es si la cultura consiste sólo en una disciplina de la inteligencia, o más bien de la totalidad del espíritu. En apoyo de lo segundo, gustamos de recordar amenudo una anécdota muy sugestiva. Se cuenta que, habiendo sido llevado cierto famoso escritor extranjero a visitar tierras de Castilla, quedó asombrado al ver la cortesía, la enjundiosa sensatez, el noble estilo natural de palabras y de gestos en los campesinos castellanos, y luego que se alejó de ellos exclamó: "¡Qué cultos son estos analfabetos!".

La anécdota ilustra una concepción de la cultura como gracia natural del alma, digámoslo así, o en todo caso, como el fruto de una secular disciplina de la conciencia toda, más bien que como un apertrechamiento individual y deliberado de la inteligencia solamente. O sea, empleando palabras de Max Scheler, como "una forma del ser" más que del "saber".

Cuando se recuerda la cantidad de pícaros "sabichosos" que andan por el mundo, se siente uno muy inclinado a eso: a poner el acento de la cultura sobre la calidad del alma o sobre la formación moral. Pero ¿no se falsea así un poco la concepción, que

parece legítima, de la cultura como algo expreso y activo, como un **cultivo** del espíritu semejante al que se hace de la tierra? ¿No hay peligro de entenderlo demasiado cómodamente y quedar expuestos, excluyendo la disciplina voluntaria de la inteligencia, a que se acabe por considerar sublime toda bondadosa ignorancia?

La verdad es, señores, que por muchos caminos se abastece el espíritu, y ciertamente la información intelectual es uno de ellos. El saber es ya un modo de modificar el ser. "Enterarse", como la palabra lo sugiere, es hacerse más entero, más íntegro. Por eso la palabra "sabiduría", que indica lo sumo del saber, ha tenido también, desde los tiempos más remotos, un sentido de perfección moral. En cuanto a los pillos instruídos, es bastante probable que no serían tan pillos si fuesen más verdaderamente cultos, y además hubieran sido probablemente más brutales si se hubiesen quedado ignorantes. Nuestro don José de la Luz, y don Francisco Giner de los Ríos en España, anduvieron más en lo cierto cuando dijeron que la cultura es, a la vez, cosa de **ciencia y conciencia.**

Por lo que hace a su importancia social, tampoco exageró Martí al afirmar que de la propagación de la cultura dependen, "**sobre todo lo demás**", el decoro, la libertad, la solidez y pureza de la cosa pública. Hoy día estamos hablando mucho de la crisis de la democracia en el mundo, de las falsificaciones y fallas de la vida democrática en nuestro propio país. Pues bien: hay que decir enfáticamente, una y otra vez, que los mayores estragos para ese estilo de vida colectiva vienen, por un lado, de la ignorancia pura y simple, por el otro, de la cultura parcial, del dogmatismo. El único camino seguro, aunque largo y lento de andar, para alcanzar el orden dentro de la libertad, la devoción al deber junto a la vitalidad del derecho, es darle al pueblo la cultura a chorros. Pero esa cultura, para que sea capaz de mantener las esencias liberales de nuestra civilización, necesita ser **liberal ella misma;** necesita poner al individuo en condiciones de conocerlo y enjuiciarlo todo, a fin de que pueda elegir libremente entre todo. La mejor prueba de que todo esto es así es que si antaño el absolutismo político sencillamente suprimía toda educación popular y cesó de existir en la medida en que la consintió, hoy día, lo primero que hacen los absolutistas de nuevo cuño —de cuño totalitario— es imponer un dogma cultural y suprimir a cuantos no lo acaten. Difundir la cultura, entendida como variedad de ideas, como testimonio leal de la varia experiencia humana y como examen sincero de sus problemas, es servir a la libertad del hombre.

Pues bien: lo que se ha propuesto la CMQ al establecer en su circuito la Universidad del Aire, es contribuir a esa propagación

de la cultura, que Martí señalaba, "por sobre todo lo demás", como una vía de edificación humana y social. Creo que todos estamos en el deber de agradecerle a esta gran radioemisora, y particularmente a su animador el Sr. Goar Mestre, esa voluntad generosa. Generosa digo, porque estas trasmisiones de la Universidad del Aire no han de tener ningún acento comercial, ni se derivará de ellas más provecho para la CMQ que el aumento de simpatía y prestigio que puedan ganarle. Un tiempo radial que, como ustedes no ignoran, es valiosísimo en términos mercantiles, se pone enteramente, desinteresadamente, al servicio de la cultura. La CMQ demuestra así tener un alto sentido de los deberes públicos que moralmente le impone su propia popularidad.

★

Pero es ya oportuno que precisemos en qué han de consistir nuestras tareas. He hablado tanto de saber, y hasta de sabiduría, que quisiera, antes que nada, disipar la posible sospecha de que los profesores de la Universidad del Aire venimos a estos micrófonos con aires de sábelotodo. Estudiantes nosotros mismos de por vida, demasiado sabemos que la fatuidad está reñida con el afán genuino de conocimiento. Cada uno de nosotros cree saber un poco y está seguro de ignorar mucho; pero entre todos, sabemos algo de lo que más le importa conocer al hombre de hoy para vivir consciente e inteligentemente, y eso que se nos alcanza, queremos trasmitírselo con toda la sencillez y claridad posibles a quienes por la índole de su vida o de sus ocupaciones no tengan las mismas facilidades para informarse

Se trata, sobre todo, de difundir la cultura superior. Esta palabra no debe asustar a nadie. No entendemos por ella necesariamente lo elevado y difícil, sino más bien aquellos conocimientos que no suelen verse frecuentados por la información común, o que en esta información no se dan de un modo suficientemente organizado y continuo, o suficientemente crítico. En los cursos sucesivos que la Universidad del Aire ha de ofrecer, si cuenta con el interés de ustedes, se examinarán las grandes tradiciones y los progresos recientes del saber y de la expresión, tanto en el orden de las ciencias y las artes como en el del pensamiento puro. Se hablará de los hombres cimeros y de sus obras, de las corrientes históricas más significativas y de las figuras y sucesos que hoy afectan el rumbo universal. En suma: vamos a hablar del pasado y del presente, de nuestro país y del mundo, de doctrinas y de

hechos vitales, de las grandes certidumbres y las grandes inquietudes humanas.

★

Estas materias se expondrán en disertaciones de quince minutos —dos en cada audición semanal—, articuladas en cursos no demasiado extensos y a cargo de personas que disfrutan de prestigio por su competencia en las materias respectivas. Los profesores pondrán su mayor empeño en que las disertaciones sean claras, precisas, pero al mismo tiempo, seriamente informativas y responsablemente críticas. En muchos casos estarán inevitablemente matizadas por la opinión personal del disertante, sin que ello en ningún caso implique necesariamente que la CMQ o la Universidad del Aire sustentan el mismo criterio. En general, todos pondremos más empeño en trasmitir hechos que en ofrecer opiniones.

En cuanto a la sencillez de la exposición, no se nos ocultan las dificultades y límites que esto presenta. Es posible divulgar, "popularizar", pero nada más que hasta cierto punto. Temas hay que no pueden ser demasiado diluídos sin que pierdan la sustancia. Pero creemos que es siempre posible dar lo esencial de una cuestión cualquiera, o por lo menos sus aspectos culturales más importantes, en forma accesible a todos. Este esfuerzo nuestro, sin embargo, necesita verse correspondido por un esfuerzo también de parte de ustedes. En primer lugar, por una atención cuidadosa a lo que están escuchando; y ya saben ustedes que escuchar es algo más oír. En segundo lugar, recomendamos la mayor asiduidad posible: no perderse ninguna de las audiciones de que cada curso consta, pues hasta cuando se trata de un programa de materias mezcladas, como el que inauguramos hoy, los temas están siempre relacionados y unas nociones ayudan a otras. Esta asiduidad irá poco a poco afinando la atención, haciéndola cada vez más apta para asimilar todo lo que se escucha. Muy útil sería que, en todos los lugares donde ello fuese posible, se organizasen pequeños grupos para escuchar estas audiciones y, después de cada una de ellas, discutir ordenadamente las cuestiones de que se ha tratado. Me permito recomendar esto sobre todo a nuestros amigos y sociedades del Interior, tan ávidos siempre de mantenerse enterados de lo que pasa en el mundo.

La CMQ tiene el propósito de publicar mensualmente los **Cuadernos de la Universidad del Aire,** en que se imprimirán nuestras conferencias. Esos fascículos se distribuirán profusamente por toda la Isla a un precio mínimo de costo. Leyéndolos, podrán ustedes reparar y afirmar lo escuchado por radio; pero recomen

damos que no por eso se pierdan las audiciones, pues la voz humana tiene una mágica eficacia comunicativa, superior a veces a la palabra impresa. En los **Cuadernos**, al pie de cada conferencia hallarán ustedes (cuando el asunto de ella lo permita o aconseje) una pequeña bibiografía o lista de libros accesibles sobre la misma materia, para aquellos que deseen ahondar o ensanchar su información.

Quisiera insistir mucho en esta indicación: no se desalienten ustedes si al principio encuentran dificultades; no piensen que están perdiendo su tiempo porque no entienden. Siempre se entiende mucho más de lo que uno cree; o como vulgarmente decimos, "algo siempre queda". La psicología moderna tiene ya muy demostrado que muchas de las impresiones que recibimos no se instalan desde el primer momento en la inteligencia; parece que ni siquiera franqueasen el vestíbulo de ella; pero en realidad pasan a ese fondo misterioso del espíritu, ese "sótano del alma", como alguien lo ha llamado, que es la subconsciencia, y de allí afloran un buen día a la mente para sorprendernos a nosotros mismos como un huésped conocido. Buena parte de la cultura es obra de esa indirecta impregnación.

A esclarecer las dificultades, algo contribuirán, sin duda, las preguntas que aquí se han de hacer después de cada disertación. Desgraciadamente, no podemos extendernos mucho en eso, porque nuestro tiempo está muy medido. Las preguntas han de ser pocas y breves; las contestaciones de los profesores, igualmente sucintas. A veces, las preguntas que aquí se hagan coincidirán con las que tenga en su mente algún oyente lejano, y su duda quedará despejada. Pero aunque así no sea, sirva de consuelo recordar que la cultura no consiste tanto en tener la mente llena de respuestas como en tenerla llena de interrogaciones inteligentes. Lleva una vida mental mucho más activa y fecunda el que todo lo convierte en problema, que aquéllos que creen estar seguros de todo. Lo que persigue la Universidad del Aire no es atiborrar a nadie de conocimientos, sino interesar, suscitar la curiosidad, satisfaciéndola un poco nada más para que ella se siga después enriqueciendo con su propia avidez.

Y esto me trae ya, para terminar, al curso que vamos a comenzar esta tarde. Como ustedes saben, ese curso se titula "Ideas y problemas de nuestro tiempo". En vez de comenzar nuestras labores haciendo un recorrido histórico desde tiempos remotos, hemos creído conveniente empezar por informarnos lo mejor posible acerca de la época que vivimos. Generalmente se estima que este tiempo nuestro comenzó al terminar la primera guerra mun-

dial. Aquel conflicto fué como una erupción volcánica que proyectó hacia la superficie materias y energías hasta entonces contenidas y latentes, alterando el paisaje contemporáneo. Comenzó entonces a liquidarse una etapa de confianza, de relativa seguridad, de plácido evolucionismo, y se inició una era de conflictos dilemáticos, de revisiones y aceleraciones ideológicas profundas; de crisis, en una palabra. Hasta las cosas que parecían más estables, como la física de Newton, el arte imitativo, la estabilidad del hogar, la sabiduría del liberalismo, la solidez del Banco de Londres, etc., se han visto sacudidas cuando menos. Estamos viviendo una época angustiosamente problemática, cuyo símbolo parece ser la energía atómica, que no sabemos si trae la salvación o la desaparición de la humanidad.

El Curso que vamos a comenzar esta tarde tratará de darles a ustedes una idea vívida de estas inquietudes, de estos problemas. Por lo mismo que hemos de abarcar tantos aspectos distintos de la preocupación actual, será un curso misceláneo. En una misma audición, las disertaciones tratarán a veces de cosas muy disímiles; pero, en el fondo, todas estarán unidas por aquel sentimiento de problematicidad que tan agudo se ha hecho en nuestro tiempo. La bomba atómica, a que acabo de aludir, no es sólo un símbolo dramático de nuestra incertidumbre: también lo es de la prodigiosa extensión del saber humano. Por debajo de nuestra inquietud, de los conflictos en los hechos y en las conciencias, el espíritu científico, —disciplinado sólo para la observación y ajeno por completo a los fines y valores de los hombres—, continúa tenazmente su investigación de la realidad, mientras el pensamiento filosófico intenta, como siempre, conciliar en un plano superior de comprensión lo que la ciencia enseña y lo que los hombres apetecen o especulan. Por eso en este programa se juntan los problemas vitales y morales, los progresos científicos y los intentos doctrinales de salvación.

Termino, señores radioyentes, declarando mi esperanza de que, al terminar este curso en el mes de julio, todos ustedes sientan que han llegado a formarse una conciencia más clara, y tal vez orientadora, del momento crítico que está viviendo el hombre.

Francisco Ichaso

El ambiente espiritual de nuestro tiempo

VAMOS a hacer, señoras y señores, un esfuerzo, necesariamente lleno de modestia, para apresar en veinte minutos de discurso los contornos de un tema complejo y vasto, que ha inspirado profundas y extensas reflexiones a las mentes más esclarecidas del siglo. No ha habido un solo vigía del mundo moderno —poeta, filósofo, historiador, periodista, sociólogo, político— que no haya intentado penetrar en esa tupida trama de hechos y de ideas, de voces y de ecos, de voliciones y pensamientos, que constituye, en lo espiritual, el verdadero espacio y tiempo del principal habitante de la tierra. Se trata, pues, de uno de esos temas cuya dificultad no reside en su relativa ineditez, sino en lo mucho que ha sido transitado, con ambicioso paso y en todas direcciones.

La cuestión, en términos sencillos, es ésta: el hombre vive inmerso en dos atmósferas, una física, que le viene impuesta desde su aparición en el planeta, y otra espiritual, creada por las proyecciones de su yo sobre el mundo. La atmósfera física no es problema para el hombre, puesto que permanece idéntica a sí misma desde los comienzos de la época histórica —tal vez desde la misma era cuaternaria—, sin experimentar cambios apreciables en su sustancia. La idea de un hombre acabado en un mundo concluso es aceptada sin reservas por la biología y la cosmología modernas. Hay que descartar, pues, toda idea de diluvios universales futuros o de nuevas Atlántidas sumergidas, así como toda esperanza en la soberbia utopía nietzscheana del superhombre. El hombre es un ser cabalmente evolucionado en lo corporal, dentro de un mundo físicamente compacto y estable.

No ocurre lo mismo con la otra atmósfera, la espiritual, que es por su propia esencia variable y problemática. Sólo que en circunstancias normales el hombre apenas percibe ninguna de las dos. Sólo siente la física, bajo la forma de molestia, de agobio, de amenaza, cuando se carga demasiado de vapor de agua o de electricidad o cuando la perturban desequilibrios de cualquier índole. Y sólo siente la espiritual, en forma dramática, punzante, cuando algo anda revuelto y trastornado en ella. Es característica del hombre el sólo darse cuenta de los cambios y casi diríamos que de los contrastes.

Hoy vive el mundo uno de esos momentos en que ráfagas ciclónicas sacuden su ambiente espiritual. De ahí que los hombres más responsables, los centinelas de la tierra, se preocupen tanto por escudriñar ese ambiente y ver realmente lo que pasa en él y vislumbrar su destino. No es fácil, sin embargo, fijar ese perfil huidizo, clavarlo como una mariposa para la disección y el conocimiento. Y no sólo por la falta de perspectiva, sino por esa condición histórica del hombre, que lo lleva a preferir el recuerdo a la observación y también por esa tendencia de la mente a clasificarlo todo en casilleros preestablecidos. Esta manía archivera nos incapacita para percibir con exactitud todo aquello que se presente ante nuestros ojos como un descubrimiento, como una novedad.

Mas hay que intentarlo con el mayor denuedo. El hombre, como ha dicho Ortega y Gasset, es "él y sus circunstancias". Su vida es la de su **yo**, más la del ambiente espiritual en que su **yo** flota o naufraga. Lo que distingue esencialmente al hombre de la bestia es que puede separarse del mundo, comprenderlo, juzgarlo y hasta combatirlo. Mientras el animal va desde el nacimiento a la muerte con su mundo a cuestas, el hombre lo aparta y lo contempla como cosa distinta y a veces contraria a sí mismo. De ahí que la sabiduría popular haya inventado la expresión de "echarse el mundo a las espaldas" para aludir a esas gentes que están "de visita" en el mundo, indiferentes a su problemática.

Mucho se habla de ser o no ser moderno y mucho se yerra al barajarse los escabrosos conceptos de "modernidad", "misoneísmo", "progreso" y "reacción". Para nosotros ser moderno no es otra cosa que tener consciencia del contenido de espíritu, cabe decir de permanencia, que hay en la actualidad. Somos muchos los que vivimos cronológicamente en una misma edad; pero no todos convivimos espiritualmente en el mismo tiempo histórico. Hay quienes dirigen hacia el mundo una mirada vaga, una de esas miradas que miran sin ver, y hay quienes empañan su visión, bien con una excesiva nostalgia del pasado, bien con una morbosa impaciencia

de futuro. ¡Cuidado! No hay que retrasarse ni adelantarse demasiado. En el reloj de la historia el adelanto y el atraso son una misma cosa: un pretexto para no responsabilizarse con el presente, que es siempre lo arduo, lo dramático. Llegar antes equivale a pasarse y pasarse equivale a eludir la meta, que es la única razón de toda carrera, lo único que justifica la ansiedad y el esfuerzo. Sólo cogiendo el presente por su centro, se carga de sentido el pasado y la esfinge del porvenir nos entrega algo de su secreto. Hay que vivir a plenitud la época, aunque no estemos de acuerdo enteramente con ella y aunque no acertemos a comprender muchos de sus enigmas y complejidades.

A raíz de la primera guerra mundial, cuando ni los espíritus más pesimistas vislumbraban una segunda catástrofe, Paul Valery, unos de los vigías más certeros del promontorio europeo, escribía lo siguiente: "Estamos en una época prodigiosa en que las ideas más acreditadas y que parecían más irrefutables, se han visto atacadas, contradichas y disociadas por los hechos, a tal punto que asistimos a una especie de quiebra de la imaginación y de caducidad del entendimiento".

Si esto se dijo antes de la era atómica ¿qué no podría decirse ahora? El hombre actual se siente como crucificado en esta paradoja: jamás se ha considerado tan dueño del mundo físico y a la vez tan poco seguro del mundo moral. Mientras el dominio creciente de las fuerzas de la naturaleza le ofrece cada día mayores ventajas, beneficios y garantías materiales, el desmoronamiento del edificio imponente de valores que ha venido levantando durante veinte siglos lo convierte de propietario sólido, a justo título, en precario inquilino de la tierra. Los valores afectados son precisamente aquellos en que basa su solvencia y su crédito nuestra civilización: la fe religiosa, la libertad individual, el régimen democrático, la cultura de Occidente, la física newtoniana, la economía de libre empresa... De ahí la persistencia con que el hombre interroga hoy a su mundo, tratando de hallar un sentido a la confusión dominante y un asidero al afán de seguridad que absorbe su espíritu.

Se deduce de esto que hubo épocas en que el ambiente espiritual era más sosegado y estable que el de hoy y por consiguiente más tranquilizador para la mente, el corazón y la conciencia del hombre. En efecto. Prescindamos de lo que era el mundo —el mundo del espíritu— para el hombre primitivo: especie de bajo cielo de tormenta, lleno de miedos y presagios. Consideremos sólo, en rápida síntesis, las edades históricas del hombre. Groso modo podemos señalarlas así:

Edad Antigua: la época de los dioses.
Edad Media: la época de Dios.
Edad Moderna: la época del hombre.
Edad Contemporánea: la época de los hombres.

Como se ve, el simple cambio de un plural a un singular o viceversa basta para indicar profundas transformaciones espirituales en la historia.

La antigüedad pagana pobló de dioses el mundo. Había dioses para todo: para el cielo y para la tierra, para la calle y para la casa, para el bien y para el mal. Cuando hacía falta explicar lo inexplicable se fabricadaba un diosecillo **ad hoc**, a fin de que la cadena de la causalidad no se quebrase. Después de todo, esto era un signo de previsión y sensatez. El hombre debe reducir al mínimo la intervención del azar en su vida y descargar siempre sobre alguien la responsabilidad de todo lo que pasa en un mundo en que no acaba de ser rey.

Como ha dicho humorísticamente Jung, el famoso pquiatra, seguidor y completador de la obra de Freud, "los dioses antiguos se desacreditaron por su historia de escándalos". Eran unos dioses "humanos, demasiado humanos". A fuerza de familiarizarse con el Olimpo y sus sucursales, griegos y romanos acabaron retirando su confianza a todo aquel aparato mitológico.

El Cristianismo desaloja ese paganismo idolátrico y decadente e instaura la creencia en un Dios único, el mismo de las viejas tradiciones judaicas, pero humanizado y si se quiere "modernizado" por la idea redencionista. Sobre la doctrina de Cristo, universal en esencia, se sienta la civilización occidental, cuyo papel protagónico en la historia del mundo jamás había sido puesto en entredicho antes de ahora.

El Medioevo fué el tiempo histórico en que se vivió más a plenitud la edad de Dios. Durante sus catorce siglos la humanidad se sintió confiada y segura en un mundo muy limitado, temporal y espacialmente, pero infinito en su vocación de eternidad. El ambiente espiritual de aquella época era uniforme, casi diríamos monolítico. Sólo al final se advierte en aquel cosmos apretado y cerrado el resquicio de las herejías que han de precipitar su disolución.

Aquella eclosión magnífica del espíritu humano que fué el Renacimiento interrumpe el plan divino de la Edad Media e instaura la época del hombre. La criatura siente de pronto ímpetus y energías de creador. El soberbio "seréis como dioses" resuena otra vez en la tierra e irrumpe una suerte de neopaganismo que,

sin abandonar del todo las esencias cristianas, pone toda su confianza en el "infinito vigore" del hombre y restaura los ideales de sabiduría y belleza de la antigüedad.

El renacimiento es la fe en el hombre como individuo. El ser humano descubre que su inteligencia, su energía y su audacia son capaces de ensanchar los límites del mundo en lo físico y en lo espiritual. En lo físico la hazaña de Colón completa el mundo. Las columnas de Hércules, que se suponía marcaban el fin del orbe, se vienen abajo estrepitosamente. En lo espiritual la inmanencia sustituye a la creencia. El ambiente, poblado de santos en el Medioevo, se llena ahora de personalidades egregias, de héroes. El individualismo de los tiempos modernos tiene su raíz en las febriles exaltaciones del **Siglo XIV.**

Con esta época comienza lo que Leopoldo Ziegler ha llamado la "desdivinización del mundo". El hombre, confiado hasta el engreimiento, segrega lo divino de su atmósfera espiritual y pone toda su confianza en las luces de su inteligencia y en el poder modelador de su voluntad. Se inicia un proceso de alejamiento de los ideales religiosos, de profanidad, de laicismo, que ha de tener su culminación en la Revolución Francesa. Esta revolución política y su secuela, la industrial, determinaron el auge de una clase nueva en el mundo: la burguesía. El triunfo de los ideaes burgueses constituyó aparentemente una consagración de individualismo exorbitante suscitado por el Renacimiento. Pero el individualismo renacentista se había basado en la selección y era, por lo tanto, aristocrático, mientras que el individualismo burgués se basa en la igualdad, puesto que es un individualismo democrático. Uno y otro individualismo llevaban en sí los gérmenes de su propia destrucción. El burgués, es un "especialista de sí mismo". De los dos círculos de preocupaciones que comprende la vida, el individual y el universal, el burgués, en contraste con el hombre del antiguo régimen, sólo se preocupa por el primero y reduce hasta un mínimo vejaminoso el área de lo cósmico, que es en fin de cuentas el área de lo humano en dimensión de profundidad. Esta sobreestimación de lo individual, esta especialización en los menesteres de la persona, egoístamente considerada, hasta el punto de que el eje de la existencia llega a no ser otro que el propio eje del individuo, fué un suceso cuya vigencia no podía ser muy prolongada. La burguesía todo lo creyó posible, todo lo creyó transformable. Puso una confianza ciega en el progreso ilimitado de su inteligencia y de su actividad. Confirió al individuo excesivos poderes, y no al individuo excepcional, distinto, superior, en que había creído el Renacimiento, sino al individuo medio, las más de las veces im-

provisado y vulgar. Como el aprendiz de brujo de la fábula, la burguesía, a través de la técnica, que tanto ha de influir en el ambiente espiritual del mundo moderno, creó un monstruo, el gran Moloch mecánico que amenaza con la destrucción de un mundo erigido sobre cimentos tan provisionales y endebles. Como ha dicho Valery, "el burgués colocó sus fondos en los fantasmas y especuló sobre las ruinas del sentido común". El resultado no podía ser otro que la quiebra.

El profesor Karl Jaspers, en una obra que lleva por título el mismo que asignó a estas palabras mías el director de la Universidad del Aire, ha trazado su diagnóstico del ambiente espiritual de nuestro tiempo de esta manera: "El hombre, al renunciar a la transcendencia, depositó toda su fe en el mundo y dió en la aberración de creer en la posibilidad de una perfección terrenal. Al frustrársele su esperanza, ha surgido en él un sentimiento específico de impotencia: el hombre se siente encadenado al tránsito de las cosas que se creyó capaz de gobernar, y que en el momento son más ingobernables que nunca".

De la época renacentista del hombre ya sólo quedan vestigios. Hemos entrado en la Edad de los Hombres o si se quiere en la Edad de la Gente. Los observadores han bautizado el fenómeno con múltiples nombres. Unos tienen una connotación política, como Colectivismo, Socialismo y Comunismo. Otros prefieren hablar, en una forma un poco más neutra, de Populismo, dando a la palabra pueblo una significación restringida, parcial. Ortega y Gasset ha denunciado el suceso como una "rebelión de las masas". Otros, como el argentino Romero, rehuyen la palabra rebelión y optan por llamar a este acontecimiento "elevación de las masas", "promoción de las masas al primer plano de la historia", etcétera. Cualquiera que sea la nomenclatura que empleemos, la reaidad es la misma: el ambiente espiritual de la época no es ya politeísta ni monoteísta, como en el mundo antiguo y en el mundo medio; no es tampoco la obra de unas cuantas individualidades egregias, como en el Renacimiento, sino la elaboración un poco amorfa, confusa, babélica, de las grandes aglomeraciones humanas que imponen la ley de su necesidad, o de quienes dicen interpretar sus aspiraciones y designios.

El ambiente espiritual pudo ser cosa unitaria en la Edad de los Dioses y en la Edad de Dios. Pudo serlo en la primera etapa de la Edad del Hombre, cuando sólo las minorías jugaban en el espectáculo de la historia y el resto era comparsería anónima, marginada de toda existencia propiamente humana. Pero cuando la voluntad de protagonizar el drama histórico llega, como ha

llegado ya, a los más bajos estratos de la humanidad, el ambiente espiritual se convierte en esa urdimbre tupida, contradictoria y polémica en que nos movemos actualmente y que si bien a veces limita los movimientos del hombre, otras veces determina o estimula un dinamismo como jamás había tenido lugar en el mundo, ni en las épocas regidas por los trajines de conquista y la voluntad de aventura.

Ante la fatiga, la desilusión, la crisis de los valores, el hombre moderno ha buscado dos salidas o escapes; el uno hacia lo colectivo, en que se anega su responsabilidad y en cierto modo se disuelve su **yo**, el otro hacia esa especie de refugio turbio que es el subconsciente. Junto al auge del colectivismo, se advierte una boga pareja de los estudios psicológicos o más exactamente psiquiátricos. Jung, con su autoridad indiscutible, ha descrito este fenómeno en un ensayo titulado "El problema psíquico del hombre moderno". "Allí donde existe —ha dicho— una forma ideal y ritual que abarque y exprese todas las aspiraciones y esperanzas del hombre, como la religión, por ejemplo, el alma se encuentra como proyectada hacia el exterior y no hay propiamente problemas psíquicos ni tampoco **inconsciente** en el sentido que hoy damos a esta palabra". El alma reposa cómodamente en el lecho de las creencias. En cambio se agita, se atormenta, en la duda. El ambiente espiritual de nuestro tiempo es dubitante, indeciso, contradictorio. Jung ve en el incremento de los estudios psicológicos "una prueba de que la conciencia moderna se halla un poco atemorizada del ambiente moral en que se mueve y se relega a su propia interioridad subjetiva con el consuelo de que en los sótanos del ser radique la causa de su angustia, quedándole la esperanza de que esa causa pueda ser extirpada por los procedimientos de la psiquiatría". En este sentido, el arte surrealista, que es otro destacado rasgo de la atmósfera espiritual contemporánea, al suplantar la realidad exterior por las imágenes del mundo de los sueños y por los procesos de la subconsciencia, no hizo más que prever la situación, con esa capacidad para anticiparse que tiene siempre el arte.

La conciencia moderna no quiere creer, sino saber. Es luciferina o prometeica. Pretende ser como Dios o robar el fuego de los dioses. De ahí el auge también, en una época más bien materialista, de la teosofía, de la astrología y también de ciertas supersticiones, sobre todo de tipo oracular. "El alma moderna —como dice Jung— está ávida de experiencias primordiales".

El hombre fió demasiado su mejoramiento a un progreso unilateral, a un avanzar en el sentido de la materia, que no ha venido acompañado de un avance parejo en el sentido del espíritu. El

maquinismo, que ha sido la idolatría de los tiempos, lejos de aliviar al hombre de su fatiga de siglos, ha constituído para él una serie de problemas cuya solución no se vislumbra. No creemos, como Berdiaeff, que la máquina haya interrumpido "el ritmo del hombre con la naturaleza"; pero sí creemos que la mecanización excesiva del mundo nos impide entender el lenguaje de la naturaleza de un modo humilde y asombrado, como lo entendió San Francisco de Asís, como lo entendieron los primitivos, como lo tradujo, trémulo y fervoroso, aquel retablista de nuestra poesía auroral que fué Gonzalo de Berceo. Hay que devolver a la máquina su sentido instrumental, de herramienta noble, de auxiliar del hombre, no de suplantadora de su trabajo. Hay que revivir hasta donde sea posible las formas amorosas de la artesanía antigua, las gracias de la tarea manual, si el trabajo ha de recobrar un perfil digno y una finalidad transcendente.

El hallazgo genial y terrible de la **fisión nuclear** ha venido a añadir un rasgo de pavorosa inseguridad al ambiente ya intranquilizador de nuestra época. Ya no podemos tener fe ni en la solidez de la materia. Hoy sabemos que el átomo es un pequeño universo polémico, un agitado microcosmos que se sostiene por un equilibrio que el hombre, con sabiduría un poco diabólica, ha logrado romper. La verdadera revolución moderna es, tal vez, esta concepción dinámica de la materia y sus consecuencias, que podrán ser salvadoras o trágicas, según que el hombre se oriente hacia el bien o hacia el mal, porque, como ha dicho un filósofo centroeuropeo "la humanidad puede acabar santamente o vilmente, como ella quiera".

Nuestro ambiente espiritual es confuso, inquietante. La vista sólo percibe sombras en el mañana. Y el oído no siente una melodía firme sobre un lecho de nobles armonías, sino una simultaneidad de sonidos ásperos y diversos, como los de una orquesta que prolongase más allá de lo discreto la tarea de afinar sus instrumentos.

Esta visión es, desde luego, negativa; pero no necesariamente pesimista. Las épocas de crisis, como la misma palabra lo indica, son transitorias. Un mundo que nació del caos, puede renacer del caos. "La humanidad —ha dicho Ranken— lleva en sí un número ilimitado de desenvolvimientos, más misteriosos o inesperados de lo que se piensa". No quisiéramos dar un sesgo político a esta lección. Pero es indispensable que, después de un cuadro tan poco tranquilizador, reafirmemos nuestra fe en el poder ordenador del espíritu humano, en la obra lenta pero firme de la cultura y en las posibilidades de una democracia dinámica, que halle nuevas

soluciones al problema del hombre y de la sociedad y concilie las apetencias de libertad y de seguridad que hoy aparecen en colisión violenta. La democracia, aunque lleve en sí sustancias conservadoras, pues siempre hay mucho que conservar en la humanidad, no puede ser conservadora en su orientación. Tiene que ser liberal, abierta, evolutiva, progresista. "Democracia sucesiva y no detenida", como acaba de decir nada menos que en Buenos Aires, bajo el régimen de Perón, Juan Ramón Jiménez, que también los poetas saben de estas cosas y se anticipan genialmente a los planes de los políticos y a los experimentos de los hombre de ciencia. Y ya que hemos mencionado al poeta de "Eternidades", vamos a terminar este somero dibujo del perfil espiritual de nuestro tiempo con unas palabras suyas virilmente confortadoras: "Nuestra época, por terrible que sea, debemos considerarnos dichosos de estarla viviendo o muriendo, viéndola desembocar en el tiempo nuevo".

●

A. S. de Bustamante y Montoro

Concepción actual del mundo y de la vida

EL tema "Ideas y Problemas de Nuestro Tiempo", que ha de servir de base al nuevo curso de la Universidad del Aire, presupone el desarrollo de una conferencia sobre el hombre actual, sobre su concepción del mundo y de la vida. Pero cabe preguntar: ¿debemos detenermos un poco a contemplar panorámicamente esa concepción del mundo y de la vida, en vez de entrar de lleno en la exposición de las ideas y problemas epocales?

La respuesta es clara; en las cuestiones culturales las ideas se entrelazan unas con las otras, como los eslabones de una cadena en que el hombre parece estar aherrojado a la cultura, pero en el fondo está liberado por ella. Ese eslabonamiento es de tal naturaleza que si la masa enorme de ideas, de formas de conducta, de reglas, de usos, de pautas, de preceptos jurídicos, de creencias religiosas, de modas, de valores estéticos, de estructuras económicas, sociales y políticas, de estilos arquitectónicos, de escuelas musicales que constituyen el patrimonio cultural de nuestra época, (en este momento, y en la vida de cada uno de nosotros), no se pone en relación con su centro, resulta perfectamente incomprensible.

Y el centro de las ideas y problemas que constituyen la cultura, en su más variada forma, está constituído por una gran síntesis, por un poderoso resumen operado conscientemente en algunos —los menos— e irreflexivamente en otros —los más—. Ese gran resumen se puede llamar alma de la época, tal como cada generación la convierte en vivencia.

El tema del alma de la época, del espíritu de nuestro tiempo, es un tema sumamente tratado, a tal punto que pocas etapas de la humanidad se caracterizan, como la nuestra, por un verdadero narcisismo. Desde los albores de este siglo han comenzado a publicarse ensayos y libros sobre el tiempo y sus inquietures, sobre la época y sus grandes temas. Y no sería paradójico afirmar que precisamente esa reflexión intelectual de la época sobre sí misma, mirándose en el propio espejo de su conciencia, es precisamente lo menos actual que se puede hacer, porque si hemos de comprendernos a nosotros mismos y descubrir nuestras notas auténticas, es precisamente saltando el valladar de lo libresco y mirando cara a cara las cosas, el mundo y la vida: de un modo fresco, inmediato, intuitivo, sin elaboración y con simplicidad.

Nuestra época trata de mirarse al espejo para verse, no como quería Freud, hablando del alma individual, el rostro lleno de llagas, sino para verse el rostro que quiere idealizar. Y el espejo está en los libros sobre ella misma. Pero ese espejo, por muy fiel que parezca en algunas obras, no es enteramente veraz: nosotros preferimos buscar esa imagen del mundo y de la vida del hombre actual, consciente e irreflexivamente, dentro de su alma, de un modo intuitivo, inmediato, directo, tomando un fragmento aquí y un fragmento allá, como los pedazos de un mosaico recogidos en las más variadas manifestaciones de su experiencia personal y colectiva.

Para ello, ensayemos la caracterización del hombre actual, dibujemos las líneas de su perfil. ¿Quién es el hombre actual? ¿Será el Dr. Fausto, de Goethe? ¿O se presentará en la forma que Paul Valery le ha dado en su Fausto? ¿Será alguno de los personajes de Sartre o de Camús?

Antes de contestar esta pregunta, situemos un poco de cerca al hombre actual: su hogar, es el Occidente, un Occidente que empieza para él en 1600 y que inicia su terminación en 1900, año en que, con más o menos arbitrariedad cronológica, vamos a situar el fin de la modernidad y en que, como veremos, no podemos situar el comienzo sino la posposición de la actualidad. Ese hombre actual es, desde luego, Fausto, pero hijo de Valery. Sus ideas y sus problemas son las ideas y los problemas que van a ser objeto de este curso, y están todas referidas a un punto central que las explica luminosamente: la concepción del mundo y de la vida que tiene este Fausto nuevamente nacido. Su antecesor germánico simbolizó, para uno de los grandes filósofos de la historia, el alma de la época moderna que en nuestro tiempo está desintegrándose y desapareciendo, pero él representa el alma de una

época transicional de un período que no es único en la Historia, pero que es el más dramático que pueda existir, en que el hombre ve como termina una etapa y se demora históricamente el surgimiento de otra: hombre entre paréntesis, el Fausto actual creado por Valery, (a quien nosotros vamos ahora a atribuir algunas ideas y sentimientos que nos parecen característicos, pero que el Maestro francés no hubo de insuflarle), lo primero que tiene en su alma es una muerte al lado de una vida; es decir, una época que se le está muriendo y el embrión de otra que está empezando a nacer. La época que se está desintegrando es la modernidad, que se extiende de 1600 a 1900, "constitutiva de una unidad cerrada, tal como la caracterizan Heinemann, órganicamente entrelazada en sus diversas partes culturales por la ciencia, por la gradual expansión de la economía capitalista, por la instauración de la sociedad burguesa".

Veamos brevemente, de modo panorámico, las grandes manifestaciones de la cultura que abarca esta caracterización: La ciencia, sobre todo la físico-matemática, que tuvo desde el Renacimiento una expansión asombrosa, le produjo al hombre una embriaguez racionalista. Desbordándose sobre las aplicaciones prácticas, cabalgando sobre la vida moderna después de la Revolución industrial, la técnica llenó al mundo de vanidad y de confianza en el poder sobre la naturaleza, que la inteligencia del hombre había conquistado y, actualmente, le hace sentir el espanto de su peligro de poder demasiado y lo está empezando a comprender tarde, aunque quizás no demasiado tarde. Esa ciencia, en todos los dominios, se encuentra en una situación de examen de conciencia, juzgándose a sí misma, examinando sus fundamentos, sopesando sus resultados y confrontando su posibilidades, pero especialmente reconociendo que todo no lo puede cuando, desbordada sobre la práctica, se transforma en técnica, ni todo lo sabe, porque hay cuestiones definitivas y finales que solamente las puede conquistar la filosofía, la religión o el sentimiento.

La ciencia ha sido una obra y un triunfo maravilloso del hombre moderno, pero al convertirse en base y en estilo y en ideal de vida, el hombre moderno ha llegado a creerse que el mundo es un mecanismo que funciona como un maravilloso reloj que resortes invisibles mueven y que un proceso de creación todavía sin explicar ha dado de sí de modo misterioso. La concepción del mundo como mecanismo que se deriva de la ciencia, ha ido completándose en la época moderna con la aceptación de otra idea, de parentesco religioso, de que en el mundo existe siempre alguna finalidad o plan que explica la perfecta organización de las cosas.

En el orden de las Ciencias de la Cultura o de la Sociedad, el hombre moderno ha visto fracasar las ciencias naturales con sus métodos propios. Nuestra época contempla la aplicación de nuevos procedimientos de investigación, basados en los grandes descubrimiento de Dilthey y de Max Weber, para citar solamente a dos grandes pensadores europeos, fallecidos hace algunos decenios ha, y que crearon para estas ciencias llamadas del espíritu, una nueva base consistente en buscar el sentido, el significado íntimo que entrañan como manifestaciones que son del hombre y como productos que son de su mente.

En materia de Derecho, el hombre moderno asiste a la desintegración de las estructuras que en los siglos XVIII y XIX llegan a su apogeo: el Individualismo, que da lugar a la instauración del régimen capitalista puro y de la sociedad burguesa, que triunfa en las tres Revoluciones, Inglesa, Norteamericana y Francesa. En este plano, la situación asume caracteres realmente graves, porque todavía subsisten con pretensiones regulativas las formas jurídicas de organización del Estado y del Gobierno, del individualismo floreciente en el siglo XVIII, en una época, como la nuestra en que se está produciendo la desintegración de esos tipos de organización. La falta de adhesión del hombre moderno hacia sus normas jurídicas coincide además con una falta de adhesión a sus propias normas morales y a sus propias normas de vida íntima. La propiedad privada y la vida social basada en la libre competencia, en la igualdad de oportunidades, en la regulación de todos los hechos económicos por una armonía de los intereses en pugna, pre-establecida por la naturaleza de tal manera que converja en el desarrollo de los intereses generales, todo ello nos suena como el acorde distante de una sinfonía olvidada. En el orden moral de la familia y de las buenas costumbres, la influencia de la religión cristiana se ha mantenido, a pesar de la gradual pérdida de fe del hombre moderno en todas sus normas y valores jurídicos, sociales y políticos, pero es indudable la atmósfera de indiferencia para la norma y de cinismo frente a su violación que cunde por todas partes.

En el Arte, especialmente en pintura, se advierte con más claridad la ruptura con la época moderna. El hombre actual pinta a su manera, de una manera tan propia que nadie puede discutir su originalidad, al propio tiempo que su autenticidad; pocas veces ha sido la pintura el espejo del alma de una época desorientada ya que a veces, como cuando se contempla aquel óleo de Picasso en que aparece una doncella desnuda ante el espejo, lo que el Maestro expresa es una extraña deformación de

líneas y colores. La interpretación del famoso cuadro es la siguiente: el pintor ha reflejado, no como es la doncella, sino que le ha dado una expresión plástica al sentimiento que tiene de su interioridad, ha expresado en líneas y colores como se siente torturada por dentro.

Pues bien, Fausto, el hijo de Valery, la hechura genial e incompleta de sus postrimerías, (porque la muerte sorprendió a Valery sin terminarlo) tiene que ser pintado tal como se siente por dentro. Al acercarnos al final de esta disertación, nos encontramos con el hecho de que vamos a terminar sin ponerle fin, porque del mismo modo que la muerte no dejó a Valery terminar la caracterización de su Fausto, la vida tampoco se lo hubiera permitido, porque ese Fausto actual no se puede completar, es un hombre incompleto (un hombre en que muere una cosa y nace otra, en que se liquida una época y se prepara, sin haber surgido todavía, otra nueva).

La pérdida de fuerza de los grandes ideales, de las grandes creencias, de las grandes reglas de conducta, tanto morales como jurídicas, y religiosas; la indiferencia y el descreimiento al par que el cinismo que a veces se generaliza, más en unas clases sociales que en otras; pero que van formando la tónica de la época, caracterizan con razón el comienzo del Siglo XX como la terminación de la modernidad y su decadencia definitiva. Eso es lo que está agonizando en el alma de Fausto, pero ¿qué es lo que está haciendo? ¿Qué presentimiento podemos tener de lo que será la época cuyos albores empezamos quizás a vislumbrar en nuestro tiempo?

La respuesta sería prematura y por ello es que, al terminar esta conferencia, nos encontramos con que la concepción del mundo y de la vida del hombre actual, es de una vaciedad abrumadora. Lo característico de Fausto es que al sentirse pendiente de un hilo vital que lo mece de modo angustioso entre una época que termina y otra que empieza, el mundo y la vida se le escapan de debajo de los pies, y le dejan sin otra sustentación que la existencia misma. En esa existencia todo se le muestra en crisis: el mundo, la vida, la cultura, sus ideales, sus problemas, y naturalmente, no ve nada, y en la necesidad y angustia de ver, surge en el hombre actual la desesperación por recrear y se encuentra con que el Ser, que es el resumen supremo de todo lo sustancial, de todo lo que tiene entidad, es la Nada, aunque una Nada positiva que es Ser. Y la vida misma, al desaparecer y debilitarse las fuerzas reguladoras de los ideales y producirse la trasmutación de valores característica de nuestro tiempo, se le va quedando sin sentido y va retornando también a un punto de Nada moral en que la animalidad

surge, incluso como nobleza y elegancia, y las formas artísticas, musicales, plásticas y de interacción social de la sexualidad indirecta, van apareciendo como valores vitales, justificados en habilísimos convençionalismos. En el fondo no es más que la bestia devorando al hombre, después que el hombre creyó haberla superado.

Los griegos antiguos creían que el Mundo era un orden regido por la Razón y presidido por la Armonía y la mesura; los medioevales, que era un orbe, creado, planificado y dirigido por una providencia ominisciente y en el fondo un tránsito hacia la verdadera vida ultraterrena, conferidora de sentido a la secular. Fausto no cree ni en la Armonía de la razón ni en la razón de la Providencia, sencillamente porque todavía no puede adivinar siquiera como será el mundo que no nace, para tergiversar la frase de Keyserling. Suponer que el mundo naciente ha sido alumbrado ya por la Revolución de Octubre, es una ingenuidad histórica o un fanatismo; aceptar que entre el materialismo dialéctico y cualquiera de las Filosofías que han servido para expresar el Individualismo, se puede producir una conciliación que armonice Individuo y Sociedad, en un neo-capitalismo o un neo-socialismo, (que en el fondo sea una economía dirigida) todo ello puede ser objeto de planificación o de profecía, pero no de estricta ciencia. El hecho nudo, concreto y terminante es que la nueva época que está surgiendo en el alma de Fausto no ha acabado de nacer, y que, por consiguiente, Fausto no sabe como es el mundo, porque cree en los ideales. Tal es su drama: lo que puede salvarlo es que está ansioso de crear un mundo nuevo.

BIBLIOGRAFIA

Max Scheler: "El puesto del hombre en el cosmos".
Jaspers (Karl): "Ambiente espiritual de nuestro tiempo".
J. Huizinga: "Entre las sombras del mañana".
Ortega y Gasset (J): "El tema de nuestro tiempo".

•

María Zambrano

La crisis de la cultura de Occidente

NO es necesario probar que nos sentimos vivir en una crisis. Apenas hay otra palabra que aparezca con tanta frecuencia encabezando los títulos de los libros más conocidos, los artículos de las revistas y periódicos y hasta salpicando las conversaciones más cotidianas. Con ser de tanta magnitud los desastres que venimos padeciendo desde hace años ninguno de ellos —guerras, revoluciones—, nos sirve para designar el tiempo que estamos viviendo. Aún sin sepultar los muertos de la pasada guerra y en el temor de otra todavía más atroz, cuando se quiere definir la condición de nuestro tiempo no se alude a la guerra y sus horrores, sino que se dice simplemente: estamos pasando una crisis. La crisis viene a ser como un fantasma que se insinúa por todas partes y cuya indecisa y fugitiva presencia es más real, que las trágicas realidades sucedidas. De "crisis" se hablaba ya al final de la guerra del catorce y de crisis se sigue hablando después de la que acaba de pasar, como si tan cargadas de horror, no fueran sino un episodio —el más sangriento— pero un episodio, de un proceso más amplio que las envuelve, el proceso de la crisis.

Así pues, si nos preguntara el habitante de otro planeta —y quién sabe si el caso no esté próximo— el qué nos pasa a los habitantes de la Tierra que tan angustiados andamos y especialmente a los que vivimos bajo eso que se llama "Cultura de Occidente", le responderíamos sin duda: "es que estamos pasando una crisis".

Y bien, ¿qué le seguiríamos diciendo a este hipotético espectador de nuestra vida? Y como siempre nos imaginamos a los

demás gozando de la dicha que nos falta, pensaríamos que este visitante interplanetario habitara un mundo donde no haya historia, donde la vida consciente sea de idéntica serenidad y armonía a la que percibimos al contemplar en una noche clara el cielo estrellado, tendríamos que comenzar diciéndole que la crisis es una enfermedad propia de los seres que tienen historia y que hasta ahora se usaba este término para designar los períodos decisivos del crecimiento en el ser humano individual, la adolescencia, la entrada en la madurez y para los que creen en la inmortalidad, la muerte, vale decir, esos momentos peligrosos en que un ser que es uno, sin dejar de serlo tiene que hacerse otro... pero no por capricho, sino por necesidad, y otro que no va a ser diferente, sino más sí mismo, más uno que el anterior.

Se extrañaría sin duda el feliz habitante estelar al que imaginamos tan idéntico a sí mismo como una estrella, de estos cambios. ¿Es que no son Uds. lo terrestres, iguales a sí mismos? Pues no, habríamos de decirle, nunca lo somos, ni siquiera cuando no estamos en crisis; "nadie se baña dos veces en el mismo río, porque el río cambia y el que se baña también", dijo ya hace mucho tiempo un filósofo y esa sentencia que proclama la variación incesante parece ser irrebatible. "Todo cambia y todo se cambia en y alrededor de nosotros". "Entonces viven Uds. en perpetua crisis". "Pues sí". "Mas, ¿por qué hablar entonces de ella?, no les entiendo". No nos extraña que no nos entienda —habríamos de responderle— porque tampoco nosotros nos entendemos a nosotros mismos. Pero verá, escuche, porque por lo mismo que no nos entendemos, hace ya muchos siglos —si es que sabe Ud. qué sea eso del tiempo— estamos persiguiendo el entendernos. Verá:

Aquí en nuestro planeta, hay gente que vive; plantas, animales que se parecen a como su extrañeza nos muestra que deben ser Uds.; no cambian; sólo crecen. Nada más; nacen chiquitos y van creciendo hasta alcanzar un cierto tamaño en el cual se fijan; apenas aprenden, si es que aprenden, y sospechamos que no padecen la tortura de la memoria y la más aguda de la conciencia, vale decir que no se miran, que no tiene como el hombre dos imágenes... Sí, dos. Ellos, las plantas y los animales tienen una figura que nosotros vemos y estudiamos, y andan al parecer identificados con ella. Pero nosotros, los que nos nombramos —con tanto orgullo—, hombres, tenemos además de la figura visible, otra... otra que, sin darnos cuenta, o dándonosla, nos acompaña siempre y que hace que al mirarnos en un espejo nos sorprendamos mucho aún mirándonos en él todos los días y que nos sorprenda también que los demás hombres no vean al tenernos delante esa

figura y vean la que simplemente tenemos. Y que exista una lucha atroz en el mundo por imponer esa figura que cada uno se cree tener y hacerla visible a los demás, y hasta inmortal... y que algunos hombres y mujeres lo hayan conseguido y que estén ahí desafiando los siglos, bajo la misma figura —aproximadamente— que quisieron tener y que los sigamos viendo en ella... A esos les llamamos inmortales.

Hemos comenzado hablándole a Ud. de lo que nos pasa a cada uno de nosotros, sí, a todos, aunque finjan algunos que no, para hacerle más comprensible el asunto. Mas sucede lo siguiente: que los hombres hemos vivido siempre reunidos en unas agrupaciones que llamamos culturas. Y ¿qué es una cultura? No es fácil de decir, pero verá: Como los hombres no nos conformamos con lo que nos encontramos siendo y queremos ser otra cosa, podemos decir que una cultura es un sistema de ideas y de creencias, que juntas dibujan la figura del hombre que se quiere ser, es decir, el hombre ideal a que se aspira. Por otra parte, los llamados hombres no hemos nacido perfectamente adaptados a ningún medio, ni siquiera al de la sólida tierra en que apoyamos nuestros pies; somos seres menesterosos, indigentes en grado sumo, tenemos que vencer nuestro medio, para ello hemos tenido que adquirir conocimientos de las cosas, y hemos desarrollado, hoy en modo portentoso, lo que llamamos técnica, es decir, el conjunto de medios para alcanzar nuestros fines. Pues siempre ha sido así: en todas las culturas en grado diferente ha habido ideas y creencias, conocimientos y cosas hechas en función de esos conocimientos. Ahora ya lo podemos decir: toda cultura es el conjunto de una Religión, unos saberes y una técnica... "¿Y de todo eso tienen necesidad para vivir?", argüiría el espectador interplanetario. Sí, y aún no nos basta. Por eso llegan las crisis.

El hombre es, pues, el ser que esencialmente tiene necesidad y esperanza. Porque no está adaptado perfectamente a su medio físico, tiene necesidad; porque se cree consistir en aquello que no es todavía, tiene esperanza; o más bien, al contrario, porque su substancia es la esperanza, se cree consistir en lo que todavía no es... "Y entonces..." —Si, entonces tenemos que crear, no solamente **hacer sino crear.** Algo de nuestra creación se volatiliza, pero algo queda, y es como un capullo en el que vivimos envueltos. Y este capullo hilado por nosotros mismos, en vista de algo trasncendente, es la Cultura. Sí; ya sé, quizá no comprenda bien qué es eso de transcendente y sin embargo, le debe de ser fácil, pues transcender es... lo que ha hecho Ud. viniendo aquí, lo que haría aunque, sin moverse de su planeta, escuchara por radio. Trans-

cender es salir de sí mismo sin abandonarse, apuntar hacia otro plano situado más allá de la realidad inmediata. Lo que Ud. ha realizado al llegar a la Tierra desde su planeta, es un acto transcendente realizado, pero nosotros, los hombres, no hemos llegado aún a realizar ninguno y entonces no somos transcendentes, sino que estamos en vía, en tránsito, transcendemos siempre; algo así como un fuego que arde sin acabarse nunca. Sí, eso somos.

Al llegar aquí, el visitante interplanetario se quedaría sin duda un tanto ensimismado. Nunca lo había estado. Empezó a darse cuenta, él, tan idéntico a su mundo, tan encajado en su estrella, empezó a darse cuenta de que tenía un interior y sintió por primera vez el abismo que se abría y tuvo la sensación del que está a punto de naufragar en un mar que pronto se abre allí donde estaba más seguro y traduciendo rápidamente su impresión diría: "Entonces vivir humanamente es sentirse perdido, peor aún: a punto de naufragar". ¿Ve?, ya entiende, ya sí nos comienza a entender, justamente por donde nosotros hemos comenzado a entendernos a nosotros mismos. Vivir es sentirse a punto de naufragar y entonces es preciso asirse a algo que nos sostenga. En ningún instante se descubre más desesperadamente la esperanza que cuando nos sentimos al borde del naufragio. Entonces buscamos algo que nos sostenga y bien, eso que nos sostiene, esa es la realidad.

Al llegar aquí el interlocutor quizá mostraría alguna impaciencia. Es natural, pues como siempre sucede cuando se está en el centro del asunto, es cuando se cree estar más lejos de él. Lo cual quiere decir, en este caso, que hemos llegado a que sea la crisis. Es simplemente, el momento histórico en que todos los que viven envueltos en una misma cultura sienten que ella ha dejado de sostenerles y resguardarles, que ha dejado de corresponder a sus esperanzas. Se produce entonces lo que en todos los naufragios, surge el delirio y la confusión. "Porque qué hemos de esperar no lo sabemos y por ello el espíritu clama con gemidos indecibles" que dijera alguien que nos sacó a nosotros, los occidentales, de la primera y más terrible crisis, de la de nuestro nacimiento.

Porque una cultura es un sistema de creencias y de ideas que responde a una esperanza, y la cultura es tanto más alta, clara y perdurable cuanto la esperanza en ella depositada sea más honda y su expresión más clara. Le ha sido difícil al hombre acertar con su esperanza, descifrarla. Conocemos grandes culturas que más bien la enmascararon. El hombre apareció en la historia, es decir, en la tierra, ya vestido y lo que ha tenido que hacer es irse desnudando, ir adentrándose en sí mismo, dejar a su esperanza

que se muestre. Por eso en todas las culturas primitivas existe la máscara. Egipto, —del que Uds., debieron tener noticias— hizo aparecer el rostro humano sin máscara pero rígido, hermético, copia de una máscara. Y fué Grecia quien se atrevió a mostrar el rostro tal como era, la que humanamente dijo: "He aquí el hombre". Y no bastó, porque el hombre estaba entonces envuelto en su belleza y le pasaba un poco lo que a nuestro visitante sideral; descubrió un día su abismo, el que se abría dentro de sí, la profundidad de la esperanza... Pero hubo de aguardar a que llegara el Cristianismo y cuando en el dolor y en la afrenta se dijo divinamente: "Ecce homo; he aquí al hombre". Estaba entero por fin, sin máscara; había perdido la serenidad y esa belleza formal de las estatuas. Sufría y no ocultaba su dolor, estaba vejado y humillado, ultrajado por la necesidad, herido en su esperanza. Era el hombre íntegro que había aparecido de una vez. "Pero todo eso es para mí muy complicado, ¡oh, Uds., los habitantes de la Tierra, qué oscuros son! —Oscuros, quizás, pero adoramos la luz y todo ésto, estas dos historias complicadas que tan aprisa le cuento porque el tiempo concedido a nuestra entrevista es breve según el reloj de las estrellas, quiere decir tan sólo lo siguiente: "Que la cultura Occidental es la que ha surgido de la esperanza humana y de la necesidad puestas al desnudo, descifradas ya. Que con ella acabó el jeroglífico y la máscara. En suma, que Grecia descubrió al hombre y lo hizo ostensible humanamente. Y que el Cristianismo lo descubrió divinamente, es decir que lo reveló. Y de los dos, de su unidad íntima nació lo que llamamos Cultura de Occidente. Somos bien nacidos; tenemos padre y madre en cuya conjunción el resplandor se une a la claridad".

Y el nacimiento de esta cultura tiene hasta una fecha precisa, podemos fijarla por alguien que al realizar la unidad de Grecia y el Cristianismo, incorporó algo nuevo, venido de otro Continente, Africa. Este algo nuevo que Grecia no había conocido y que bajo la luz del Cristianismo pudo aparecer, es algo lo más difícil de comprender para el habitante de una estrella: el corazón; lo más oscuro, lo más secreto del ser humano. El alguien que lo descubriera, fué San Agustín, santo africano educado en Roma. Cuando absorvió la cultura griega y la trascendió por el Cristianismo, entonces cuando escribió las "Confesiones" y la "Ciudad de Dios", nació el hombre nuevo, y la nueva cultura, la de Occidente que por muchos siglos vivió en Europa. De Europa, de su esperanza nació un día América y juntas forman hoy la sede de la cultura occidental donde él, "el hombre nuevo", es todavía el protagonista.

Nacimos de Grecia y el Cristianismo, a través de ese corazón africano, que aparece en la imagen de su poseedor San Agustín, ardiendo en llamas en gesto de ofrenda sobre la palma de la mano. Infinitamente se ha estudiado a Grecia, la madre. ¿Cómo presentarla sino diciendo que es la inteligencia? La inteligencia que por primera vez (que sepamos) se enfrentó con las cosas, para descubrirlas, porque al ser el hombre una criatura escondida, las cosas le estaban ocultas y hasta entonces se las había creído fuerzas mágicas, temibles. La naturaleza era un monstruo, un demonio más bien. La inteligencia griega al pararse frente a las cosas interrogándolas, las obligó a contestar, a entregar poco a poco su ser, y así el demonio de las tempestades, de los volcanes y de la sequía se convirtió en idea de la naturaleza. La naturaleza que es orden, la imagen del orden espontáneo, de la armonía oculta que se hace visible y brota de sí misma sin descanso, en fin, algo divino, donde el hombre podía ya sin terror, alojarse. Y en la naturaleza estaba el hombre también en el que la inteligencia descubrió e impuso un orden, una armonía, una moral. Y surgió la ley, común para todos, sobre la cabeza de todos... Orden, ley, armonía, son los dones de Grecia... Pero no bastaban porque el abismo de la esperanza demandaba un más allá. Este abismo que hace que el hombre no sea un **algo**, sino un **alguien**, un alguien que exige una respuesta, que quiere saber por qué nació y qué hay más allá de la vida, porque quiere —nada menos— que vivir eternamente y reclama una verdad infinita como un corazón donde pueda hundirse para nacer, renacer o resucitar. Y esta satisfacción a la esperanza en su más imposible anhelo, la trajo el Cristianismo. Ya a Dios no se le veía como el eje de la naturaleza, sino que se le llamaba **Padre.**

Después, ya en Europa, el hombre bajo su Padre, se atrevió a confesarse. A decir su más recóndita verdad: quería ser libre, quería vivir en la libertad. Y esta doble fe en la inteligencia y en la libertad forman la figura, el permanente ensueño de la cultura occidentel. Por ella se ha combatido, matado, muerto, cometido los más execrables horrores; por ella, inteligencia y libertad que unidas en el corazón abrasado de amor nos traerían de realizarse, la Ciudad de Dios.

"Y, ¿qué se hizo de la crisis?"... Sí, la crisis. Si hemos de pensar de acuerdo con esta historia, la crisis lo es de la esperanza y de la fe fundamentales. ¿Es que han cambiado de rumbo? ¿Acaso hemos renegado de ellas, razón y libertad bajo la sombra de un Dios al que no llamamos ya Padre?... Pero de ser así, ¿qué

será del hombre, no del protagonista de la cultura de Occidente, sino del Hombre, del destino de esta criatura impar?

Pero no veo la razón de su angustia, diría el visitante interplanetario, porque siendo así, se me ocurre que la crisis lo será de crecimiento. ¿No decía al principio que hay una crisis de madurez? ¿Y si Uds., estuviesen al borde de ella? ¿Y si sólo tuvieran que sufrir, esperar, amar y pensar? O ¿qué les ha pasado? ¿Acaso han cometido algún pecado de infidelidad, algún error nacido del vértigo de su propia libertad? No tendrían que hacer sino recobrarse, y bien, ¿qué le responderíamos ahora? Por mi parte, sólo podría responderle que así es; que así sea. Y algo más, nacido de mi experiencia terrestre. Que deberíamos ya de dispensarnos el diagnóstico, para que no se convierta en disculpa. Olvidar que estamos en crisis para que los hombres de Estado no cometan errores sin remordimientos; para que los filósofos, no se disculpen de no pensar claramente y los artistas de haber perdido la belleza; para que los ricos no encierren sus caudales que deben ofrecer a la justicia y a la gracia y los pobres no cierren las puertas de su esperanza; para que todos no nos hundamos en esa pereza que es falta de amor a Dios y... al prójimo... La Crisis, sí, existe, pero sólo podremos atravesarla, transcenderla, si una vez comprendida dejamos de creer en ella.

Salvador Massip

La Geopolítica

LA segunda Guerra Mundial se extendió hasta los más apartados rincones del globo. En todos los continentes y en todos los océanos se desarrollaron combates por tierra, por mar y por el aire que hicieron fijar nuestra atención en regiones y en pueblos hasta entonces poco conocidos. La guerra hizo de la Geografía base indispensable de todas nuestras informaciones y demostró la importancia de los factores geográficos en las relaciones de unos pueblos con otros.

Pero no se limitó la adquisición de conocimientos geográficos a este aspecto objetivo, a esta información más o menos copiosa. La guerra también puso de manifiesto profundas motivaciones subjetivas de la Geografía. La guerra demostró que las relaciones de unos pueblos con otros tienen por base factores geográficos. La Geografía determina las rivalidades, las esferas de influencia, los antagonismos, las alianzas y la actitud misma de los pueblos ante los problemas más graves que se les plantean.

La Revolución Francesa, sintetizada en tres palabras, Libertad, Igualdad, Fraternidad, se debió a una motivación social; la Revolución Rusa, hecha al conjuro de la frase "¡Trabajadores de todos los países, uníos!", se debió a una motivación económica; pero el Tercer Reich y toda la ideología nazista se fundaron en la motivación esencialmente geográfica del **Lebensraum** o "espacio vital". Este concepto, en que se basó toda la política del Tercer Reich y que dió lugar a la segunda Guerra Mundial, procedía de un falseamiento de los principios de una ciencia, la Geopolítica, que los alemanes pusieron a su servicio tergiversando sus postulados fundamentales.

La Geopolítica es una ciencia cuyos principios generales formuló a principios de este siglo el eminente geógrafo inglés Sir

Halford Mackinder para explicar las relaciones entre el espacio y el Estado. La etimología nos dice que la palabra Geopolítica se deriva de dos raíces griegas, **Geo** (de **ghé**, la Tierra) y **política** (de **politiké**, lo referente al Estado); pero el término Geopolítica, a pesar de su etimología, no corresponde a un concepto de los griegos. Geopolítica es un concepto contemporáneo para cuya expresión se han utilizado voces tomadas del griego; pero que en la connotación que hoy les damos no usaron los griegos.

Sir Halford Mackinder, en 1904, con su conferencia "El pivote geográfico de la Historia" y en 1919 con su libro "Los ideales democráticos y la realidad" fué quien echó las bases de la Geopolítica, dando nueva interpretación a hechos geográficos de todos conocidos. Bueno es decir que Mackinder, con certera visión del porvenir, preveía el peligro que para la democracia inglesa y para todas las democracias del mundo significaba que Alemania se convirtiera en la potencia predominante en la Europa continental. Aun más, preveía Mackinder que no ya los alemanes sino los rusos se convirtieran en potencia predominante, en cuyo caso el peligro para las democracia habría de ser mayor.

Decía Mackinder que la Historia del mundo se había escrito y se escribiría siempre por la presión de los pueblos encerrados en las llanuras del Este de Europa y del centro de Asia sobre los pueblos establecidos en las regiones periféricas de Europa y de Asia. Esto es, que los pueblos que habitan el núcleo o corazón de las tierras (**Heartland**) ejercen presión sobre los que habitan la media luna o creciente que rodea el corazón de las tierras, y señalaba que la **Heartland** estaba rodeada por dos medias lunas o crecientes, una interior y otra exterior. Previamente, Mackinder había expresado un concepto geográfico nuevo, el de la Isla Mundial (**World Island**), formada por Europa, Asia y Africa. Según este concepto la América del Norte, la América del Sur y Australia son islas menores.

MacKinder, que era inglés y demócrata, pero que pensaba y escribía no sólo para los ingleses, sino para los demócratas de todo el mundo, llamaba la atención sobre el hecho de que Alemania por su posición central era la potencia que podía dominar mejor la Isla Mundial. Mackinder apuntaba, además, la posibilidad de que Alemania y Rusia se unieran en una alianza y dominaran la Isla Mundial y con la Isla Mundial el mundo entero. Temiendo en primer término por la seguridad de la Gran Bretaña decía Mackinder que el dominador de la Isla Mundial podía convertirse en la mayor potencia naval que conocieran los siglos y que podía desatar una ofensiva naval desastrosa para su país. Mackinder

lanzaba este grito de alarma; "Quien domine la Europa oriental, domina el corazón de las tierras; quien domine el corazón de las tierras, domina la Isla Mundial; quien domine la Isla Mundial, dominará el mundo".

Las ideas de Mackinder no encontraron eco en la Gran Bretaña; pero de ellas se aprovechó hábilmente el general Haushofer, profesor de Geografía de la Universidad de Munich, quien hizo de la Geopolítica una ciencia al servicio de las ambiciones de Hitler y del nazismo.

La biografía de Haushofer nos dice mucho sobre el desarrollo de sus ideas. Harl Haushofer nació en Munich en 1869, en el seno de una familia ilustrada de la clase media. Hizo el servicio militar en el arma de artillería y después ingresó en la Academia Militar, de la que salió con el grado de segundo teniente. Se incorporó al ejército, ascendió a primer teniente y a capitán, y en 1909, ya comandante, fué nombrado agregado militar a la Embajada de Alemania en Tokyo. Aprendió el japonés, hizo muchos amigos entre los oficiales del ejército del Mikado, recorrió todo el Japón y visitó Corea y China. En 1911 regresó a Alemania para recibir el grado de doctor en la Universidad de Munich con una tesis sobre la Geografía del Japón. En 1914, al comenzar la primera Guerra Mundial, se incorporó a su unidad, en la que permaneció hasta 1918. No tomó parte en grandes batallas; pero demostró valor y competencia, por lo que al terminar la guerra ostentaba el grado de mayor general. En 1919 se retiró del servicio para ocupar una cátedra de Geografía en la Universidad de Munich. Su buena presencia, vasta cultura, finos modales y excelentes cualidades de maestro, unidos al hecho de su alta graduación militar, hicieron que bien pronto se convirtiera en una de los profesores más populares de la Universidad.

Apenas se hubo instalado en Munich, Haushofer se puso en comunicación con Rudolf Kjellén, profesor de Historia, primero en la Universidad de Upsala y después en la de Göteborg. Según Kjellén, Suecia, su patria, estaba en el camino de la expansión de Rusia y por haber perdido los suevos desde tiempos de Gustavo Adolfo y de Carlos XII la conciencia de la expansión de espacio ya no podían resistir el impacto de la expansión rusa. En sus escritos se encuentran puntos de Geopolítica tal como los expresara después Haushofer. Decía Kjellén que "el Estado es un organismo geográfico" y que "los Estados de gran vitalidad que poseen un territorio reducido deben aumentarlo por colonización, por amalgama o por conquista". Para Kjellén Alemania era el Estado que por excelencia reunía estas condiciones, y era el que estaba des-

tinado " a ejercer el derecho a un crecimiento natural y necesario". Kjellén creó y acuñó el término **Geopolítica,** que tanto empleó después Haushofer.

Con los conceptos geográficos de Federico Ratzel como base y agregando las ideas de Mackinder y de Kjellén, Haushofer dió forma y expresión a la Geopolítica. Decía Ratzel que el espacio o **Raum** que el Estado ocupa en la superficie de la Tierra era el factor político geográfico fundamental; pero el espacio, para Haushofer, era algo más que un concepto de Geografía política; era el teatro de la expansión de un pueblo. El concepto que los hombres y los pueblos se forman del mundo, depende del espacio en que viven, y su sentido de la proporción aumenta o disminuye con el aumento o la disminución del espacio. Un pueblo acostumbrado a pensar en términos de espacios grandes será siempre superior a los pueblos que piensen en términos de espacios pequeños. La perspectiva de un espacio grande es lo único que da a los pueblos la amplia visión política que en todos los tiempos ha precedido siempre a la verdadera grandeza histórica.

Haushofer dió al concepto de espacio una significación nueva. No habló ya de pueblos y de espacios, sino de un solo pueblo, el alemán, y de un solo espacio, el **Lebensraum** o "espacio vital" del pueblo alemán. Este "espacio vital" excluye todos los otros: no reconoce límites y se habrá de extender por todos los ámbitos del mundo. El pueblo alemán tiene derecho al dominio del espacio que ocupa y al que por expansión pueda ocupar en el porvenir. Los alemanes, arios superiores, requieren mayor espacio para vivir y deben obtenerlo a expensas de los pueblos inferiores que lo detentan. Haushofer hizo que el **Lebensraum** o "espacio vital" fuera un concepto inseparable de sus doctrinas de Geopolítica.

Estas ideas, difundidas por Haushofer, fueron importantísimo factor de la preparación psicológica del pueblo alemán para la segunda Guerra Mundial. Decía Haushofer que las fronteras no podían ser rígidas, sino flexibles, y que se debían ir desplazando a medida que se fuera extendiendo el "espacio vital" del pueblo alemán. Para ello era necesario poblar densamente el "espacio vital" que constantemente se ampliaba, para lo cual Alemania debía contar con abundantes reservas de población. Según Haushofer el Imperio Británico se desintegraba porque sus territorios no estaban ocupados por una población inglesa, y decía que los chinos han absorbido todos sus conquistadores porque de todos los pueblos del mundo es el que mejor domina el suelo que ocupa. "Los

chinos —decía con admiración Haushofer— constituyen un mar capaz de volver salados todos los ríos que a él vayan a desaguar".

La Geopolítica a medida que fué cobrando fuerzas se fué convirtiendo en el pensamiento inspirador del nazismo hacia la expansión y hacia la dominación universal. Los nazis tomaron de la Geopolítica la filosofía que a su juicio justificaba sus ambiciones de dominación. Para ello emplearon todos los recursos que tendían a la consecución de sus fines. El Instituto de Geopolítica fundado por Haushofer recogía la copiosa información que enviaban los alemanes residentes en el extranjero. Con los datos obtenidos se iniciaba la propaganda en un país determinado, y cuando la propaganda estaba adelantada se subvencionaban periódicos, revistas y estaciones de radio, y se procedía a la atracción de las clases reaccionarias. Pronto aparecían los simpatizadores románticos, que después se convertían en simpatizadores efectivos precursores de quintas columnas y de Quislings. La Geopolítica, en una palabra, fué puesta al servicio de las ambiciones nazis de dominación universal.

La segunda Guerra Mundial, con la derrota de Alemania y de sus secuaces, creó un nuevo programa geopolítico del mundo para cuya apreciación y valoración no tienen ya vigencia los postulados de Mackinder y de Haushofer. Hoy, la Geopolítica gira alrededor de dos grandes potencias, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Los primeros, de ideología democrática, dominan la América del Norte y ejercen considerable influencia en la América del Sur; la segunda, de ideología comunista, domina la **Heartland** y ejerce influencia apreciable en los países de la periferia de Europa y de Asia. Africa y Australia se hallan fuera de la influencia de la Unión Soviética. El panorama geopolítico actual está determinado por la situación geográfica de los distintos Estados del mundo en relación con las dos grandes potencias mencionadas.

Según los postulados clásicos de la Geopolítica la Unión Soviética, que domina la porción central y oriental de Europa y la porción central de Asia, domina la **Heartland**, y, por tanto, la Isla Mundial, con lo cual puede dominar el mundo entero. Pero la realidad nos dice otra cosa. Nos dice que vivimos en un mundo cambiante, en un mundo de transición, en un mundo de crisis, en el que no sólo cambian las ideas, los conceptos y las actitudes de los hombres, sino los recursos materiales de que los hombres disponen. Cuando Mackinder y Haushofer expusieron sus concep-

tos de Geopolítica los recursos que permitían dominar **la Heartland**, la Isla Mundial y el mundo entero eran las fuerzas militares y navales entonces existentes. Alemania, con el mejor ejército del mundo, se atribuía la hegemonía por tierra, y la Gran Bretaña, con la primera flota del mundo, se atribuía la hegemonía por mar. El desarrollo de la aviación, con el dominio del aire, que relegó a un segundo término la importancia de las fuerzas armadas de tierra y de mar, modificó forzosamente los conceptos de la Geopolítica. La Isla Mundial, rodeada de agua por todas partes, es accesible por el aire, que también la cubre por todas partes. En la edad del aire en que nos encontramos el concepto de Isla, sea Mundial o no, pertenece ya a la Geografía del pasado.

La edad del aire ha presenciado la mayor victoria del hombre sobre la Naturaleza: poner la energía nuclear a su servicio. Desde el 6 de agosto de 1945 en que un avión dejó caer una bomba atómica sobre Hiroshima, los postulados fundamentales de la Geopolítica expuestos por Mackinder y por Haushofer quedaron deshechos. La Isla Mundial no constituye una base para la expansión y para la dominación del mundo. La Isla Mundial, rodeada de agua por todas partes, puede ser bloqueada por la poderosa flota de los Estados Unidos y puede ser atacada por el aire por flotas aéreas de los Estados Unidos, portadoras de bombas atómicas.

En suma, la Geopolítica está en crisis. Los postulados de Mackinder y de Haushofer han pasado. ¿Cuáles son los que privarán dentro de unos cuantos años?

BIBLIOGRAFIA

Banse, Ewald: "Germany prepares for war". xxii+370 págs. New York, Harcout Brace, 1934.

Bowman, Isaiah: "The New World". viii+632 págs. Yonkers, World Book Company, 1921.

Dorpalen, Andreas: "The world of general Haushower". xxii+338 págs. New York, Farrar Rhinehart, 1942.

Mackinder, Sir Halford J.: "Democratic ideals and reality". xxii+266 págs. New York, Holt, 1919.

Miravitlles, Jaume: "Geografía contra Geopolítica". 333 págs. México, Editorial Prometeo, sin fecha.

Spykman, Nicholas J.: "America's strategy in world politics". xvi+500 págs. New York, Harcourt Brace, 1942. (Traducido al español con el nombre de "Los Estados Unidos y la política mundial" y publicado por el Fondo de cultura económica, México, 1946).

Strausz-Hupé Robert: "Geopolitcs. The struggle for space and power", xiv+274 págs. New York, Putnam, 1942. (Traducido al español con el título de "Geopolítica. La lucha por el espacio y el poder" y publicado por la Editorial Hermes, de México, en 1946).

Weigerth, Hans: "Generales y geógrafos". México, 1943.
Weigert, Hans, y Stefanson, Viljalmur: "Compass of the world" xvi+466 págs. New York, Macmollan, 1947.
Whittlesey, Derwent: "The Earth and the State". xviii+618 págs. New York, Holt, 1939. (Traducido al español con el título de "Geografia política" y publicado por el Fondo de Cultura económica, México, 1948).

Rafael Marquina

Personalidades dominantes de nuestro tiempo

ANTE todo: ¿dejará esta época nuestra de asesinadas primaveras, un hombre, una personalidad humana que la defina? ¿Es posible reducir a unos cuantos tipos humanos, superados en la certeza de sus perfiles, la representación histórica de nuestro tiempo?

Convendría quizá plantear el problema en términos de función con el concepto del héroe. Y alcanzar, abarcándolo, la exactitud dimensional de la capacidad heroica. Desde el héroe helénico, que fué, acaso por dictamente fatal del contradictamen de Prometeo, el descenso definitivo a la tierra de los hombres de los dioses del Olimpio, hasta esta contemporaneidad nuestra, transida de ansias confusas, exonerada de espejos sin imágenes, el concepto del Héroe ha sufrido modificaciones profundas y esenciales. Es una realidad que palpamos viva y en torno, aun desentendiéndonos de la pugna entre el criterio de Carlyle y el de Emerson; es decir, entre aquel héroe, como hombre excepcional que fenoménico en su desmesura, es más bien negación epocal, extratiempo y fuera de naturaleza y norma, y aquel otro que, en definitiva, no es más que la concentración de las categorías y cardinales esencias de su tiempo, alcaloide de su época que en él halla, en la paradoja de su singularidad, la plenitud de su definición.

Periclitados ambos conceptos, nuestra época, nutrida de belicismo, tremulante de inquietudes, anda quizá en busca de su héroe representativo. En la ley pendular que rige las evoluciones históricas el concepto, el sentido, la sustancia misma de lo heroico ha llegado al extremo opuesto del heroismo como categoría personal. Una cosa es casi segura: no ha dado aun nuestra época un

individuo tipo, un paradigma individual, que pueda considerarse como condensación apta para denominarla. Aquellos conglomerados históricos que hallaron la clave y cifra de su sentido y de su realidad en la encarnación de un héroe representativo —el siglo de Pericles, la revolución de Martí, por ejemplo— han sido sustituidos en el panorama universal por aquellos otros que exigen una denominación de signo colectivo: la revolución de Octubre, la primera post-guerra, la guerra española, por ejemplo. Quiere ello decir que el heroismo, como singularidad de acontecer histórico, ha sufrido un marcado movimiento de traslación a cuya virtud ha desplazado su eje de rotación. El héroe hombre ha dado paso a la presencia determinante de la multitud. Se diría que el mundo, en transición antishakesperiana, ha marginado al héroe restableciendo quizá el verdadero protagonismo de la Historia. El gran personaje es ahora un Prometeo nacido de la coyunda del robador del fuego y de la hidra de cien cabezas.

Por otra parte —y siempre dentro de la elementalidad de nociones sumarias— la complejidad, cada día más acentuada, del propio vivir del hombre y la múltiple extensión de sus apetencias, de sus tendencias y de sus creencias acrecen la dificultad de producción de ese fenómeno —o, si se prefiere, de ese prodigio— que por su fuerza de aglutinación de módulos y de esencias pueda ser considerado como representativo. Vivimos una difusa y profusa —digamos confusa— pugna de pluralidades que sólo por una pluralidad puede ser transfundida, en paradigmas claros, al testimonio histórico. Los hombres que en nuestro tiempo han alcanzado, de una manera u otra, en uno u otro modo de su hacer o en la diversidad de sus quehaceres, categoría de representativos, están en trámite, por decirlo así, en gestación de eternidad, no en el común destino de toda criatura humana, nacida para forjar futuro en perpetua creación de presente, sino en proyección a la mayor o menor categoría que alcancen a asumir aquellas parcelas de contemporaneidad que constituyen las sendas razones de su permanencia vital.

Si entendemos por nuestra época, a todos estos efectos y rostro a la necesidad de concretar nuestro tema, el tiempo que se inicia en la guerra del 14, advertiremos prontamente la abundancia de figuras representativas y la ausencia de una figura representativa. Y otra presencia turbadora y conspícua: la conspícua y turbadora presencia del "casi". El heroismo sufre la dolencia del "casi". Nuestro tiempo se irrita en los achaques del "casi", en la infección de ese microbio adverbial. Bajo el signo del "casi" vivimos en el temor de su enigma. Casi post-guerra, casi paz, casi solución,

casi conflicto nuevo. Nos debatimos bajo la angustia del "casi". Y el hombre llega, ha llegado, llegará aun en casos de excepción egregia, al casi genio, sin la plenitud rotunda de la genialidad. Bastarán algunas alusiones nominativas para sentirnos firmes en esta tembladera del casi. Me referiré sólo al hombre porque la mujer es toda otra historia.

Despojémonos para ello de toda concreta intención parcial o prosélita. Lenin fué casi genio. Y el casi que le faltó es la argolla que, sujeta al calcañar, arrastra la Rusia soviética. Si no fuese por la rutina, Walt Disney sería casi un genio; es desde luego, un casi genio, por su agresión a la angustia, como lo es Chaplin, como, en cierto modo, Picasso. Y el episodio Picasso quizá, en la evidencia "casi sorprendente" de su última recientísima adopción de conducta —representativa de una nueva actitud de genialidad— aplicándose, con disciplina estricta, con obediencia suma al rigor de los mandamientos, al ejercicio de la cerámica, proyectando hacia la artesanía de lo útil las desmesuras que antaño consagró a los impulsos de lo creador, podría servir maravillosamente para testimonio de la angustia con que el hombre de hoy combate y se debate en busca de sí mismo. En este sentido, y aparte su genio pictórico Picasso, casi genio, es una figura representativa de nuestro tiempo.

Lo es también, en dimensión gigante, Alberto Einstein. No es necesario entender su ciencia, ni calibrar sus aciertos, ni captar sus enseñanzas con perfecta comprensión de su sabiduría, para tener la impresión de que en Einstein, se palpa el alma de nuestra época. Para el profano, para el hombre de nuestro tiempo, digno de ser hombre y de nuestro tiempo, lo que Einstein, aun sin entender ni asimilar sus enseñanzas, tiene de representativo es su ímpetu arrollador, prometéico, agresivo; ese modo suyo de inquietar las constelaciones. Ese saber entrarse por las praderas infinitas de lo inmutable y sacudir el árbol de la eternidad para cosecha de estrellas. En suma, ese brío, ese dominio, ese seguro paso con que se ha encarado con todas las normas y teoremas y apotegmas y leyes y ha transformado la mecánica de lo infinito con coraje agresor. Es decir: su actitud de agresión contra lo establecido.

Y henos así en el terreno de lo histórico que, al cabo, en este menester de hoy, debe ser el nuestro, porque el hombre representativo es, en fin de cuentas, un hombre en función de servicio histórico. Y al hablar de agresión apropósito de Einstein entramos en nuestra zona sobrentendiendo, por demasiado evidente, aquella ley según la cual todos los grandes períodos históricos se han caracterizado, a la postre, por la marcha pendular de dos ten-

dencias, mejor dicho de dos actitudes frente a la vida: una actitud de agresión y una actitud de evasión. Naturalmente, en nuestro tiempo, se ha producido también este fenómeno —y empleo la palabra en el sentido que le infundió Heidegger— con una muy marcada rotación en torno a la Libertad. Y digamos de pasada que, en este sentido, Benedetto Croce puede ser quizá considerado como un hombre representativo por haber considerado la Historia como hazaña de la Libertad.

Si desnudamos de toda su fárfara la almendra de nuestro tiempo, llegaremos a esa pulpa de libertad como germen y nutricio de la inquietud, del ansia y del dramatismo en que nos conturbamos y perturbamos. Y a su luz, luz de la hoguera de estos leños, las dos tendencias aludidas, que bien podríamos considerar como dos constantes causales, determinativas, en el devenir histórico, asumen su categoría decisiva en la miscelánea patética de nuestro tiempo. De un lado, los intentos de cierto carácter agresivo; de otro, en resbalo elusivo, en blanduras de aristas flexibles, de consistencias emolientes, una cierta evasiva actitud de resistencia, o mejor aún, de conformación a un determinismo al que se supone con hondas, indestructibles raigambres seculares. Y así, el problema de nuestro tiempo viene a inscribirse en aquel que fué magno problema de la mente lúcida y el ardiente corazón de San Agustín: libertad y determinismo.

Entre estos dos pivotes se ejercita la mecánica histórica de nuestro tiempo. Enúnciese como se quiera —según los credos políticos y sociales— al cabo nos hallaremos con esa monda y escueta y desnuda nomenclatura dual: libertad y determinismo.

No cuesta demasiado, a esta claridad, descubrir, sin farol diógeno, algunos hombres representativos en el diorama de nuestro tiempo. Porque acontece que nuestro tiempo, de transición, de crisis, de climaterio y transfusión, no es más que un episodio confuso de este gran problema agustiniano. Y en su acontecer ofrece tendencias y vertientes que en su formulación activa, son el diario y duro deber de vivir historia que, como a los de cualesquiera otras etapas cronológicas, nos corresponde a los hombres de hoy. Si intentamos una somera clasificación de esas tendencias o estrategias o convicciones hoy en debate podremos encontrar en los sendos campos prosélitos, hombres idóneamente representativos. Limitémonos a lo que en la exterior contienda atañe a la lucha mundial en torno a la libertad. Incidamos en lo político, entendido en su más amplia y noble acepción. De una parte — bien lo sabemos y lo recordamos palpándonos las heridas— es indispensable que recordemos, la concepción totalitaria, la anula-

ción de la persona, dejándola desnuda en su sola posibilidad de individuo. La figura, ahora imposible de definir aún, de Benito Mussolini ha sido —sin olvidar a todas las demás— su representación más genuina y a la vez menos impermeable. El credo de la violencia lo lanzó él, siquiera por muchas razones obvias pueda creerse que con exceso, muy sospechoso, de retórica. Pero fué él quien dijo madrugadoramente, antes de que se enconase el alma de nuestra época, estas palabras lapidarias: "Es evidente que nosotros, para imponer nuestras ideas a los cerebros, debíamos llamar a los cráneos refractarios a son de garrotazos". He ahí una norma que había de ser una de las singularidades —seamos eufemistas— de nuestra época. He ahí una conducta.

Pero al otro lado del mundo, allá en las vastas y milenarias tierras del Ganges, el río innumerable, pútrido y patriarca, un hombrecito enjuto, débil, descalzo, un esqueleto translúcido, mísero, débil, estremecía el poder de la Gran Bretaña predicando doctrina del todo opuesta a la violencia y basada en la no agresión. Mahatma Gandi, Mouen Gandi, afirmaba: "Todos sabemos que la no violencia es más fuerte que la violencia. Sabemos que el perdón es más viril que el castigo". Y, en contraste con los garrotazos de Mussolini, decía: "No podemos alzar el brazo y golpear. Tampoco lo deseamos".

En realidad, he ahí, en sucinta expresión, vivas y actuantes las dos tendencias capitales que han ensangrentado el drama de nuestro tiempo. Pero si ellas sitúan frente a frente el totalitarismo y la más exacerbada forma de la espiritualidad —si cabe la expresión— no concluyen la temática y ni tan sólo cierran el círculo de su propia significación. El problema de la libertad es más complejo. No caeré en la pedantería de perogrulladas que, por lo demás, en el tema de hoy, serían forasteras impertinentes. Pero he recordado la complejidad del vasto problema, porque a su virtud comparecen en el diorama de lo representativo, otras figuras que lo son el alto grado y en dimensión gigante. Opuesto a este espiritualismo, casi delirante de Gandi, ahí está erguido en una escenografía de tramoya cesárea, Stalin, polo opuesto y antítesis evidente. En la línea del totalitarismo, cosa distinta de Hitler y de Mussolini. Pero en lo que es concepción del mundo y de la vida, en la manera de entender la conducta y la acción humanas, el antiGandi perfecto. Contra el espiritualismo, la escueta realidad del materialismo. Pero también, en orden a la estrategia, si inserto en la táctica de agresión, no menos diestro en la de la evasión sinuosa, resbalosa, elusiva. Por lo mismo, doblemente representativo y, en último término, por esa doble condición, por esa dua-

lidad, que acrece y subraya su valor de representación, doblemente inquietante, por si, al cabo, puede ser, en la evidencia de su ejemplo, una tentación fuerte en los intentos de formación del hombre futuro. Irreconciliable, intransigente, intolerante, desposeído de toda noción de idealismo y de personalismo —la persona humana es sólo cifra, guarismo y herramienta— el mundo que representa Stalin es al mismo tiempo —y conviene no olvidarlo— en un sistema de violencia la táctica de la astucia. Malicia y materialismo.

En cierto modo, frente a esta fuerza compleja y turbia en sus trazas, eficaz en sus logros, otros dos hombres representativos ha dado la dinamia de nuestra época. Como en la sombra de Gandi, Churchill; como en la sombra de Stalin, Franklin D. Roosevelt. Ambos, el inglés y el norteamericano, dentro de su luz muy viva, perfectamente definidos. La democracia evolutiva, pero transida de un idealismo generoso, ungida en la conciencia del decoro humano, crismada de ansias de perfección, de Roosevelt, al contraponerse a la política, al modo de entender la vida opuestos, era también, en cierta forma, la afirmación del idealismo —un poco pragmático, desde luego, no conviene exagerar— frente a la astucia utilitaria de Churchill que, a su vez, era la que éste oponía a la de Stalin. El gesto de alianza de Stalin con Hitler, del famoso pacto, por lo menos, se corresponde con la actitud de Churchill en Inglaterra, favorable, en principio y en el principio, a una inteligencia con Rusia. La misma táctica con la misma intención, para fines opuestos.

Es quizá, ese juego de coincidencias en la discrepancia, en el vigor de las diferencias básicas, por imperio y coacción de ese agrio problema entre la libertad y el determinismo, el que acaba de hacer del todo representativos a esos cuatro hombres, por lo menos en lo que de creación de historia dejará en legado a la posteridad nuestro agitado tiempo.

No está concluso ni parece bien definido. El casi, a que he aludido, casi lo condena a la vez que casi lo santifica. El casi héroe se da desdichadamente la mano con el casi hombre. El casi exceso con el casi despojo. Y cuando se piensa en la pugnacidad dramática que es la normalidad de nuestros días anormales, en esta casi norma de la anormalidad, se siente en lo vivo del espíritu el dolor de la confusión. El signo de lo confuso, el misceláneo signo de lo desacorde nos agita y nos inquieta la conciencia irguiendo la pirueta estrafalaria de su interrogante. Y al cabo, venimos a pensar si acaso no fué también un hombre representativo Mr. Chamberlain, el de Munich, no su antecesor, el de la

orquídea; el Mr. Chamberlain del paraguas. Y de pronto, también el paraguas se nos hace representativo de nuestro tiempo, en un instante en que como ciertas doctrinas optimistas, ha sido el paraguas retirado a la oscura tranquilidad de los desvanes. Porque, en cierto modo, el hombre ínclito, el condensador de multitudes de nuestro tiempo, intento de héroe que se queda en líder, si no lleva paraguas, ha de ser paraguas él mismo. Fugándose con cautela del drama agustiniano, el inefable Mr. Chamberlain usaba su paraguas. El diluvio no le atraparía. Después de mí, el diluvio, pero el paraguas conmigo. Y bien: no es sólo en casa de Chamberlain correcto, determinista a su modo, un modo fatalista de soslayar falsamente la fatalidad, donde el paraguas puede ser un artilugio doblemente simbólico, por ser símbolo de nuestro estado de historia, es decir, de conciencia. En su magnífica biografía de Mussolini, Margarita Sarfatti cuenta que Il Duce, en el fracaso de lo que ella llama el intento mussoliniano de hacer impersonal el fascismo, llamaba desesperado:

—¿Sabéis lo que soy? Inventor y Gran Maestre de la Orden del Gran Paraguas. ¡El Gran Paraguas, señores, el Gran Paraguas Universal!

Sobre él llovía. Y esa actitud de ser gran paraguas, quizá es la que corresponde, ha correspondido —¿y hasta cuándo corresponderá?— a los hombres representativos de nuestro tiempo, a los que las multitudes obligan —protagonistas genuinos de la Historia— a comportarse como tales. Y aun cabría, para terminar, extremar el símil, mostrando abierto en el aire, bajo la plural inclemencia de los temporales el gran paraguas que quiso abrir para cobijo de la humanidad, en ansias de una fraternal convivencia por encima de procela agria y de la miscelánea hostil, aquel gran hombre, genuino representante de lo mejor de nuestro tiempo, poeta y, por tal rico en el claro vigor de los vaticinios, que se llamó Paul Valery.

Fué él quien dijo: "la política del espíritu, supremo bien".

Jorge L. Martí

Libertad y Autoritarismo

"LIBERTAD y Autoritarismo" es el título de la charla que me corresponde ofrecerles. Es tan vasto este rótulo que bajo él podría incluirse toda la historia del pensamiento político, las luchas más importantes sostenidas por el hombre a través de los tiempos, y la evolución de las instituciones públicas desde las primitivas agrupaciones humanas a las actuales. El balance entre la libertad y la autoridad es la cuestión central que se debate en cualquier forma de convivencia política.

Como un ejemplo de la perennidad de esta polémica, me parece oportuno recordar aquella frase de un filósofo chino, que vivió seis siglos antes de Cristo, en la que afirmaba que "cuando el gobierno no hace nada, la voluntad popular se mantiene pura; y, cuando el gobierno interviene en todo, el pueblo tiende a la mala conducta". Pero, cien años antes, otro filósofo, chino también, sostenía todo lo contrario, al decir que, sin un gobierno fuerte, no podía haber virtud, ni propiedad, ni justicia, ni decoro.

Libertad y autoridad se presentan, pues, como tesis eternamente contrapuestas, porque obedecen a la naturaleza dual del hombre: como individuo y como ser social. Como individuo, persigue la satisfacción de sus infinitas apetencias; como ser social, debe someterse a una regimentación, porque sin orden no puede sobrevivir sociedad alguna.

En toda sociedad, además, siempre ocurre una división entre gobernantes y gobernados, esto es, hay un grupo que manda y una gran mayoría que obedece. Los primeros son los que interpretan y aplican las reglas del orden establecido; los segundos son los que deben, por regla general, acatarlas. La esfera de acción de aquéllos, por supuesto, está también delimitada por las repetidas reglas, como son las leyes o las costumbres, pero es tendencia

reiterada, en todo el que ejerce mando, el tratar de ampliar el ámbito de su poder; y es reacción habitual en los gobernados el defender los límites de su autonomía.

En tal contraposición de aspiraciones, las ventajas suelen estar de parte de los que mandan, y por eso un demócrata norteamericano decía que "el espíritu de resistencia al gobierno es tan valioso en ciertas ocasiones que deseo que siempre se mantenga vivo". Por otra parte, la estabilidad del poder constituído, sin necesidad de recurrir a la violencia constante, depende de la espontánea obediencia de la mayoría de los gobernados.

La aspiración de la política, como ciencia y como práctica, resulta, en consecuencia, el descubrir y el aplicar fórmulas mediante las cuales se logre un equilibrio entre las tendencias a la libertad y al autoritarismo; ello se obtiene si los que mandan lo hacen con la aquiescencia de la generalidad de los gobernados, cuando interpretan e imponen, como ley, los sentimientos de justicia que abriga la mayoría de la población.

La cuestión que subsecuentemente se plantea es la de cómo se determinan los predominantes sentimientos de justicia, por los cuales debe guiarse el que gobierna. Ese cómo incluye el procedimiento legislativo, o sea, el formalismo que es preciso observar para descubrir los elementos de justicia que se han de plasmar en la ley y demás actos del gobernante. Dicho ritual depende de las ideas imperantes en cuanto al método para llegar al conocimiento de las cosas.

En las sociedades primitivas hay revelaciones y sortilegios mágicos que se supone inspiran a los sacerdotes legisladores; en las monarquías absolutas se entiende que el derecho divino que asiste a los reyes para reinar les ilumina también para saber, mejor que todos, lo que conviene a los súbditos; en las modernas dictaduras fascistas se considera que hay un jefe o líder de excepcional capacidad, que es quien resulta naturalmente apto para dictar las reglas mejores; en la dictadura soviética se afirma que es un partido, en nombre de una clase social destinada históricamente a destruir las demás, el único capacitado para gobernar conforme a los intereses de la mayoría; en las democracias representativas se juzga que, como nadie tiene el monopolio de la verdad, es precisa la concurrencia de una pluralidad de tendencias y la contraposición de criterios e intereses para descubrir e instrumentar en leyes los imperantes sentimientos de justicia.

Dije antes que el ritual legislativo está en íntima relación con la teoría del conocimiento, o sea, con las fórmulas que se estiman adecuadas para la adquisición de la verdad, y, en efecto, si se

revisan los que acabo de resumir, se advertirá que pueden clasificarse en dos grupos: uno dogmático y el otro agnóstico. En el primero se incluyen aquellos que aceptan como verdad incontrovertible una tesis dada, de la cual se deriva luego el derecho que asiste a un sector de la sociedad para gobernar. Tal es el caso del que cree en la eficacia de los sortilegios mágicos para descubrir la verdad, o en el fundamento divino de la monarquía, o en la clarividencia de un líder o en la misión histórica de un partido. En el segundo, aquél que partiendo de la premisa de que ningún individuo ni grupo social es capaz de aprehender la verdad absoluta, acepta como justo y bueno lo que la mayoría de la población cree que es justo y bueno, en cada circunstancia.

La diferencia entre ambos grupos no radica, en última instancia, en los fines que dicen perseguir, sino en los medios para la consecución de dichos fines. Téngase presente que todos los gobiernos humanos aseguran que atienden al bienestar general y buscan la justificación de su existencia en los servicios que prestan. El mago africano que evoca los dioses de la lluvia para propiciar cosechas abundantes; el faraón egipcio que se momificaba para inmortalizarse, según el mito osiriano, y asegurar así la perpetuación del reino; el dictador nazi que le promete a su pueblo un milenio de glorias; el parlamento que legisla sobre mútiples asuntos; todos, en una paabra, se supone que actúan en la persecución de la felicidad y el bienestar de sus respectivos pueblos. La divergencia radica en cómo llegan a conocer en qué consisten y cómo deben satisfacerse la felicidad y el bienestar.

Si se contraponen las posiciones dogmática y agnóstica, se advertirá fácilmente que la primera facilita el predominio de la tendencia autoritaria, en tanto que la segunda busca un equilibrio entre la libertad individual y la autoridad del poder público.

En efecto, todo procedimiento que parte de la aceptación de un dogma sustrae su conocimiento y aplicación a la crítica mayoritaria, porque, con ésta, ya dejaría de ser verdad indiscutible; es, por lo tanto, el objeto del conocimiento y del uso de una minoría de iniciados. Esto ocurre tanto si se trata del sacerdote de la primitiva Hélade, que leía la interpretación de las leyes en las entrañas de las palomas sacrificadas, como del caudillo moderno que alega ser el personero de una causa, o del partido que afirma ser la vanguardia del proletariado. Ninguno de ellos permite que, bajo la jurisdicción de su autoridad, se discutan sus respectivos principios esenciales; tales principios se transforman así, a los efectos prácticos, en dogmas.

Quienes no creen en los sortilegios de aquellos antiguos magos, pueden negar su eficiencia como legisladores; quien niegue el mesianismo de un caudillo, tampoco halla dificultad en refutar sus conclusiones; quien no acepte la personería clasista de un partido ni el rol histórico que se le asigna al proletariado, por supuesto que no admite que sus decisiones representan el predominante sentido de lo justo. Por el contrario, para quien acepte las premisas dogmáticas del mago, del monarca absoluto, del caudillo o del comunista, las demás conclusiones resultan ciertas.

En contraste con estos sistemas, que presentan e imponen a la mentalidad pública una serie de tesis, ¿qué le ofrece la democracia?

Esta parte, como ya vimos, da la idea de que sobre cada asunto de interés general hay una pluralidad de opiniones, que todas son igualmente valederas, por lo que debe consagrarse, como verdad oficial, la que corresponda al mayor número de individuos, sin que esto signifique, por supuesto, que la minoría esté definitivamente equivocada, ya que podría muy bien ganar adeptos y transformarse en mayoría. Por eso es indispensable, al contrario de lo que ocurre en los regímenes dogmáticos y autoritarios, la existencia de un clima de libre debate. La oposición, lejos de ser proscrita como herética, desleal o traidora, es respetada como copartícipe del gobierno en el desarrollo de una función crítica y fiscalizadora.

En los regímenes autoritarios, las grandes masas deben acatar las verdades reveladas que les dictan los que mandan, deben conocer lo que éstos estiman que es bueno que conozcan, y su mayor gloria es obedecer las iluminadas directrices de sus líderes. En los regímenes agnósticos liberales, como se parte del principio de que nadie monopoliza la verdad, es indispensable que se informe a la población sobre todos los asuntos, y que sobre cada tema se presenten todos los puntos de vista; esto supone, naturalmente, que la mayoría de esa población, en vez de estar en actitud pasiva, esperando que le digan lo que tiene que hacer, debe estar alerta y activa, interesarse por los problemas, formar sus propias opiniones y tener garantizada su libre expresión.

Otro punto de diferencia entre los regímenes liberales y autoritarios es la rotación de los gobernantes en el poler. Su frecuente sustitución o, por lo menos, el sometimiento de su confirmación o revocación en el cargo a la decisión periódica de la ciudadanía, es inherente a un sistema que no admite la infabilidad del gobernante, sino su dependencia de la opinión pública.

Finalmente, otra consecuencia de esa diferente concepción es el fraccionameinto del ejercicio del poder público en las democracias, y su concentración en los sistemas autoritarios.

Si se contempla el panorama del mundo, para ver en cuál de ambos sentidos se inclina generalmente la sociedad, el balance resulta favorable al autoritarismo. Exceptuando algunos breves períodos de la antigüedad china e india y de la edad de oro de Atenas y de la República Romana, el mundo antiguo no presenta más que grandes conglomerados humanos en los que señoreaba con rango divino, la voluntad de los déspotas.

En las sociedades modernas, la tesis liberal comienza a ganar prestigio hace sólo cinco siglos, cuando, en virtud del Renacimiento, se restauró el aprecio por la significación moral del ser humano. Con el renacer de una actitud crítica, se sometió a juicio el principio divino de las monarquías absolutas, y ello, unido a una serie de factores de índole económica y política, abrió el camino a las revoluciones inglesas del siglo XVII, con las que se asentó firmemente el sistema del gobierno parlamentario, y a las revoluciones norteamericana y francesa de fines del siglo XVIII, con las que se dió participación en el sistema representativo de gobierno a mayores sectores de la población.

El liberalismo moderno, pues, comenzó a traducirse en regímenes políticos hace sólo unos tres siglos. Tal es su proyección en el tiempo, y sus realizaciones, aún en los países donde esta orientación es más constante, resulta todavía incompletas y viven bajo la amenaza de fuertes enemigos.

La expansión territorial de los sistemas predominantemente liberales es también pequeña si se la compara con aquellas regiones en que el influjo autoritario es más poderoso.

En esta hora de hoy, como en el pasado, la mayor parte de la humanidad vive bajo formas de gobierno autoritario. ¿Significa ésto que el autoritarismo satisface mejor las aspiraciones del hombre como ser social? No lo creo. Y si no tuviera otro dato para pensar así, observaría la contradicción evidente que hay, en la mayoría de los regímenes autoritarios, entre las leyes escritas y las prácticas de gobierno: aquéllas exaltan la libertad; éstas son absolutistas. ¿Por qué ocurre eso? Porque las leyes expresan los anhelos de esos puebos, representan la meta ideal a que éstos aspiran, porque están acordes con sus conceptos de la dignidad humana.

Es claro que esto sugiere otra cuestión: ¿por qué, entonces, no rige, efectivamente, la libertad, y se queda en el grado de aspiración? La respuesta a esta pregunta resulta sumamente compleja

para poder desarrollarla aquí, ya que ello implica un estudio de la conducta social del hombre; pero me arriesgo a resumir una contestación, concretándola así: el hombre tiene un mundo espiritual que presenta dos caras, una es la de la razón, la otra es la de la emoción.

La razón nos inclina a estudiar serenamente cada tópico que surge a nuestro paso, analizar las causas y los efectos, hacer deducciones y consideraciones. La democracia, que descansa en la participación de todo el pueblo en el esfuerzo del gobierno, depende, para su afortunada realización, del grado en que, efectivamente, la mayoría de la población se interese y haga por comprender y cooperar en la solución de los problemas del día, y, consecuentemente, fiscalice la actuación del gobernante.

La emoción se nutre de las impresiones que hieran a la imaginación. Odios y amores se despiertan en el alma, no por los vicios y virtudes que la causa de esos sentimientos realmente tenga, sino por la impresión que nos provoca. Por otra parte, es más cómodo repetir una opinión que no es dada, que realizar por nuestra parte la labor de investigación y raciocinio que nos permita formar una propia opinión.

La parte emocional del ser humano tiene ventajas sobre la racional, cuando trata de determinar su conducta. Esto lo saben muy bien los líderes y caudillos políticos, y por eso apelan a la imaginación del público, y no a su inteligencia, cuando quieren arrastrar a grandes sectores de opinión. Ya lo decían los atenienses, que en una democracia es más peligroso un buen orador que un general victorioso; y los jefes nazis, maestros en el arte de la propaganda, aconsejaban a sus parciales que dijeran las mentiras bien grandes, para que impresionasen a las gentes, y las creyesen.

Si contraponemos estas consideraciones con la realidad del mundo que nos rodea, veremos que los pueblos más analíticos y menos imaginativos, como los anglosajones, avanzan más firmemente por los senderos de la libertad; y que los más imaginativos, los que han producido más místicos y artistas, como los latinos, germanos y eslavos, son más fácilmente arrastrados por el autoritarismo. Con esto, debo advertirlo, no pretendo trazar un determinismo histórico, pues ninguna afirmación tan rotunda puede ser aceptada en todos sus extremos, aparte de que el carácter nacional es susceptible de variar.

Resumiendo, pues: el progreso de la libertad está todavía en sus albores, porque las facultades racionales del hombre, en cuanto a la determinación de su conducta, son todavía mínimas, comparadas con las de su mundo emocional, donde campean los dogmas de los autoritarismos.

Joaquín Martínez Sáenz

Economía: Liberalismo y Planificación

EL liberalismo supone el pleno respeto a la dignidad del hombre y tiene como requisito esencial su total libertad. Para asegurarle su disfrute se le rodea de una serie de garantías, unas, de carácter político, otras, de contenido económico.

En el orden económico, el respeto absoluto a la iniciativa privada y la abstención del Estado en materia económica son los principios fundamentales del liberalismo. Es la doctrina de "dejar hacer y dejar pasar" con que la Revolución Francesa puso término a la economía estática, restrictiva, planificada y de privilegios del feudalismo.

Para el "liberalismo" la Revolución Francesa tiene una trascendencia renovadora esencial: libertó al hombre de la servidumbre a que estuvo sometido bajo el régimen feudal. Tan habituados estamos al trabajo libre, se ha hecho este regímen tan consustancial al hombre de Occidente que con sus beneficios y ventajas nos pasa lo mismo que con la atmósfera, que a pesar de sernos indispensable para nuestra subsistencia no la percibimos. Por eso es forzoso destacar ciertas características de la organización feudal, ya totalmente olvidadas. El feudalismo es un régimen de monopolio. La tierra cultivable tenía un dueño único, el señor feudal. Los que la trabajaban tenían la inexorable condición de siervos. En los centros urbanos, en las villas, el ejercicio de la artesanía, de la que nacía la industria manual incipiente, también estaba sujeto a una organización de monopolio. Los gremios y corporaciones disfrutaban del privilegio de realizar los distintos trabajos, de vender los productos elaborados, de admitir o no al trabajo a nuevos aprendices, de fijar las cuotas de la producción para evitar la superproducción. Tan rígida era la servidumbre del hombre a la tierra, o a la corporación o gremio, según se tratase de hombre

de campo o de villa, que los derechos y responsabilidades de su ejercicio se pasaban hereditariamente de padres a hijos en un régimen económico de tipo dinástico.

La organización feudal era una organización estática para asegurar la integración de su sociedad sin posibles cambios. El hombre carecía del derecho de trasladarse de un lugar a otro, de cambiar de actividad, de producir cosas nuevas o distintas. También era estática en el sentido de que el comercio casi era inexistente y no había circulación de la riqueza.

La monarquía absoluta que puso término al poder político de los señores feudales no hizo ninguna transformación esencial en su régimen de producción. Los hábitos de servidumbre en el campo, y de monopolios y privilegios en el ejercicio de las artes y producciones urbanas perduraron. Pero la monarquía absoluta creó una nueva unidad económica, de más amplia base territorial, la comprendida dentro de sus fronteras, que determinó nuevas necesidades y nuevas oportunidades al incremento de la producción y al ascenso de las clases desposeídas. Era imposible satisfacer esas apetencias dentro del régimen de producción y de comercio de tipo feudal. La Revolución destruyó el monopolio agrario, eliminó las llamadas "manos muertas", hizo desaparecer los privilegios y concesiones de gremios, corporaciones y comunidades, y creó en fin la libertad del trabajo y del comercio, que con la propiedad privada y la libertad de empresa, son los fundamentales pilares económicos del "liberalismo".

La propiedad privada es la condición previa de los otros derechos y la garantía fundamental de la libertad. Sin ella el trabajo libre, dedicándose el hombre en cualquier lugar, a cualquier actividad o profesión, es un derecho inocuo, sin contenido, totalmente ilusorio. El hombre sólo puede ser libre apropiándose de los productos de su trabajo, y disponiendo de los mismos sin limitaciones ni cortapisas. La propiedad es así tan esencial a la libertad que los ataques a aquélla se consideran como agresiones contra el derecho al trabajo libre. Por eso en todas las Constituciones liberales la expropiación está totalmente prohibida con escasísimas excepciones y previa siempre la indemnización suficiente.

Este pensamiento político-económico se basa en la confianza en la prosperidad futura y en la creencia de que la ley de la "oferta" y "la demanda" es por sí sola eficaz para corregir las crisis llamadas de superproducción, y de infraproducción o escasez.

Resumiendo podemos decir que el "liberalismo" es el reverso de la organización feudal. Se basa en el trabajo libre y no en la servidumbre; en la igualdad de oportunidades y no en los privi-

legios o monopolios de casta o clase; en la economía dinámica a través de la libertad de producción y de comercio y no en la economía estática de producción restringida; en la posibilidad del progreso individual y no en la rigidez inexorable de las clases sociales; en la libre competencia y no en el régimen de regulación profesional; en el imperio de las leyes generales aplicables a todos y no en el autoritarismo arbitrario de los poderes políticos.

★

El "Individualismo" provocó una era de abundancia económica deslumbradora. Animado el hombre por sus conquistas personales, libre su voluntad creadora de las anteriores limitaciones y cortapisas económicas y políticas, desarrolló iniciativas cada vez más riesgosas y fecundas, multiplicando la producción y el nivel general de satisfacción. La ciencia también hizo avances prodigiosos, brindando a la causa del progreso material, medios cada vez más eficaces de producir y más poderosas fuerzas motrices. La máquina provocó la llamada revolución industrial, sustituyéndose la producción manual por la fabril. El progresivo aumento de la producción y la circulación cada vez más acelerada de la riqueza exigieron un sistema de cambio más flexible y más eficaz que el monetario de rígida base metálica. El "liberalismo" creó el capitalismo con el desarrollo de la industria y el crédito, la tecnificación de la producción, los consorcios financieros y las combinaciones comerciales.

Contrastando con la maravillosa eficacia en la producción, que brinda cada vez mayor número de productos, de mejor calidad y a menor precio, surgen los gravísimos problemas de la insuficiencia de la distribución y de la incapacidad de poner en manos de los consumidores los productos fabricados y angustiosamente necesitados. Se sostiene que es consecuencia inevitable del sistema capitalista la sucesión de los ciclos económicos que van de la abundancia a la escasez y que llevan a los pueblos de la prosperidad a la miseria. Por ello desapareció de la mente del hombre actual el optimismo creador que engendraba la prosperidad y era la base del "liberalismo", para ser sustituído por un pesimismo que afanosamente busca "la seguridad" contra las crisis cíclicas y que es la base y origen de la "Planificación".

La planificación es la revocación de la tesis del laissez faire. Surge con el propósito de corregir las repercusiones adversas de la crisis capitalista. La palabra tiene una amplitud extraordinaria. Con ella se pueden abarcar, de modo genérico, todos los

regímenes que suponen la intervención de la autoridad política en el desenvolvimiento económico. Es tal su diversidad, que incluye regímenes tan disímiles, y a veces tan antagónicos, como el proteccionismo aislacionista de Hoover; el filantropismo libertario Rooseveltiano, el totalitarismo supernacionalista de fascismo italiano y del nacional-socialismo alemán y el colectivismo imperialista de Stalin. A pesar de sus marcadas diferencias de propósitos y de métodos, no hay entre unos y otros una diferencia esencial sino meramente una diferencia de grado. Todos tienen el común denominador del intervencionismo del Estado en la economía privada.

La planificación extrema es el comunismo, que propugna la colectivización de los medios de producción, la abolición de la propiedad privada y la supresión del dinero. Algunas de estas medidas no han podido resistir el impacto de la realidad. El comunismo tuvo que hacer una serie de concesiones al capitalismo cuando intentó aplicarse en la Rusia Soviética. Lenin, con su "nueva política económica" le enmendó la plana a Marx, al permitir cierto grado de propiedad privada. Stalin restableció el uso de la moneda y el sistema de los salarios, enmendándole a su vez la plana a Lenin.

El socialismo tiene una serie inagotable de matices. Se distinguen por el grado a que llevan la colectivización de las fuentes de riqueza, de los medios de producción, y por las limitaciones que hacen a la propiedad privada y a la libertad de empresa y trabajo; por los privilegios que conceden a determinados grupos y por las expropiaciones indirectas que realizan contra otras clases.

La planificación más importante, por su repercusión inmediata y actual sobre nuestro mundo, es la que intentó llevar a cabo el Presidente Roosevelt con el título de "Nuevo Trato".

Al ascender Roosevelt al poder, la economía de los Estados Unidos y la del mundo estaba estancada, al borde de una transformación social de tipo violento. La abundancia de mercancías sin distribuir hizo calificar esta crisis como una crisis de superproduccón. La mayor parte de los observadores se negaban a observar el otro panorama, el de los pueblos necesitados y hambrientos que estaban sin consumir. Los que miran sólo hacia este horizonte de las necesidades humanas las califican de crisis de sub-consumo. Evidencian ellas, sin duda de ninguna clase, un cierre en la circulación de la riqueza y en la distribución de la producción de la industria humana. Suelen iniciarse, o al menos, tal fué el inicio de la crisis que confrontaba el mundo en el momento de la elección de Roosevelt, por una caída acelerada de los

precios. Esto provoca la abstención de los compradores, ansiosos de obtener cada vez más por su dinero, y la consiguiente acumulación de mercancías y productos en los almacenes, el cierre de las fábricas y el abandono de los cultivos. El nuevo Presidente comprendió que el único modo de resolver la crisis que heredó del régimen de Hoover era romper el tranque en el tráfico comercial y darle un nuevo dinamismo a la economía americana y por consiguiente, a la universal.

No puede ser clasificado Roosevelt como adscrito a ningún pensamiento político económico puro. Fué, ante todo y por encima de todo, un gran político y por tanto más que un dogmático o un teorizante, fué un gobernante pragmático. Las medidas que aplicó para reiniciar la circulación económica fueron en muchos sentidos contradictorias, contradicción, tal vez impuesta por las circunstancias, ya que el político no es como se ha dicho, "un regidor de las circunstancias", sino más propiamente un siervo de las mismas. Para facilitar el intercambio comercial extra-nacional, especialmente con la América Latina, inició la política llamada de la Buena Vencidad que tenía como instrumento los llamados Tratados de Reciprocidad, con los que se corregían, o al menos se aliviaban, los agravios de la política aislacionista, de altos aranceles de la época Hooveriana. Pero al propio tiempo le oponía al comercio internacional trabas más infranqueables que los aranceles al establecer el sistema de cuotas de producción e importación.

Internamente creó un sistema cuyo objetivo era restringir la producción al consumo probable y eliminar el sistema de la libre producción y de la competencia comercial. Tanto en el orden industrial, como en el agrario, estableció una serie de subsidios y compensaciones para quienes dejaran de producir y de severas sanciones fiscales para los que produjeran en exceso.

Toda esta complicada maquinaria de concesiones, permisos y privilegios, administrada con facultades discrecionales o autoritarias, reproduce el sistema de economía limitada, estática, de régimen planificado y restringido de tipo feudal. La libertad de producir desaparecía para convertirse en el privilegio de unos cuantos. Sólo ciertas personas y hasta cierta medida, podían dedicar sus fuerzas, su capacidad, su energía y sus recursos a determinada producción. A los otros les estaban negadas tales posibilidades. Las agencias oficiales concedían o negaban los permisos de producción y esas autorizaciones creaban clases económicas privilegiadas. Todo esto es la negación del liberalismo y el inicio

de lo que Hayek ha llamado el "camino hacia la servidumbre", que desemboca, según Berdiaef, en una nueva Edad Media.

El hombre de la hora actual está muy lejos de ser el soberano de su propio destino, libre de toda opresión autoritaria y con igualdad de oportunidades dentro del campo de la economía, que era el ideal básico del "liberalismo". Es forzoso reconocer que antes, durante y después de la guerra última ha sido limitada la libertad del hombre y que predomina mayoritariamente el pensamiento de una economía dirigida y planificada, con intervención estatal constante que le quita a la libertad del trabajo, de comercio y de empresa, sus fecundas garantías económicas.

No se podría terminar este trabajo sin destacar someramente ciertas conclusiones fundamentales. Ellas son:

1.—El sistema liberal no se ha aplicado nunca de un modo total. Su área de vigencia más pura y extensa ha sido el territorio de cada nación particular. Para el comercio internacional y para el traslado de los trabajadores ha habido siempre dos barreras que lo entorpecen y restringen: las arancelarias y las inmigratorias. La función proteccionista de las primeras afecta también a la economía interna. Las restricciones inmigratorias limitan la competencia en el sector del trabajo. Por eso no es lícito declarar el total fracaso de liberalismo ya que no se ha impantado en su total pureza y en el ámbito indispensable.

2.—El capitalismo ha creado una serie de monopolios, industriales, comerciales, agrarios, crediticios y de trabajo que despojan al hombre de las oportunidades creadoras que le dió la Revolución Francesa.

3.—La producción capitalista ha traspasado las fronteras nacionales. La industria de un país requiere las materias primas de unas naciones y los mercados de otras. Lo mismo se aplica a la tradicional industria de los demás países. El hecho económico, tanto en su aspecto industrial como comercial, es internacional.

4.—El nacionalismo aislacionista constituye una de las causas que entorpecen la circulación de la riqueza y el dinamismo económico. La aspiración al auto-abastecimiento es causa de las guerras internacionales, como las crisis de la distribución lo son de los conflictos sociales internos.

5.—Es obvio que la necesidad de proteger al hombre y a la sociedad misma contra los abusos de los poderes económicos, contra los peligros del uso irresponsable de las nuevas fuentes de energía descubiertas por la ciencia y contra las amenazas de escaseces futuras por agotamiento de la feracidad de la tierra debido a su

explotación inadecuada, hacen ineludible cierto grado de intervención estatal y cierta planificación mínima. Pero sus objetivos deben ser garantizar al hombre en el disfrute de su libertad y acelerar el proceso de circulación y producción de la riqueza, quitándole todas las cortapisas y barreras artificiales al comercio tanto interno como internacional.

Este tipo de planificación, creadora y liberal, parece ser la que caloriza y orienta la Organización de Naciones Unidas y la que inspiró las conferencias de Comercio y Empleo, celebradas en La Habana y en Ginebra.

Organizando una estructura supranacional efectiva y con poder coactivo sobre las naciones, suprimiendo todas las barreras al movimiento de las personas y a la circulación de la riqueza, podría el "liberalismo" brindarle al hombre una garantía más eficaz de su libertad en todos los aspectos y un nivel más general y más alto de satisfacciones comerciales.

Semejante planificación nos acercaría a lograr la síntesis de la libertad política con la seguridad económica.

Fin del Cuaderno 1º de la Universidad del Aire

•

IDEAS Y PROBLEMAS DE NUESTRO TIEMPO

CURSO INAUGURAL: ENERO - JUNIO 1949

1. Enero 9	a)	Introducción al Curso	Dr. Jorge Mañach
	b)	El ambiente de nuestro tiempo...	Dr. Francisco Ichaso
2. Enero 16	a)	La concepción actual del mundo y de la vida........	Dr. A. S. de Bustamante Montoro
	b)	La crisis de la cultura de Occidente......................	Dra. María Zambrano
3. Enero 23	a)	La Geopolítica	Dr. Salvador Massip
	b)	La Política: Ideología y Mitos	Dr. Raúl Roa
4. Enero 30	a)	Personalidades dominantes de nuestro tiempo	Sr. Rafael Marquina
	b)	La Economía: Liberalismo y Planificación	Dr. J. Martínez Sáenz
5. Febrero 6	a)	La crisis de las costumbres...	Sr. Rafael Suárez Solís
	b)	Libertad y autoritarismo............	Dr. Jorge Martí
6. Febrero 13	a)	Conciencia y creencia..........	Sr. Juan Luis Martín
	b)	Tendencias recientes de la Psicología...................	Dr. I. Bernal del Riesgo
7. Febrero 20	a)	La conciencia internacional.........	Dr. Pablo Lavín
	b)	Teoría y hechos económicos de nuestra generación..................	Dr. Raúl Maestri
8. Febrero 27	a)	La política interamericana...	Dr. Herminio Portell Vilá
	b)	La Sociología y sus problemas americanos........	Dr. Roberto Agramonte
9. Marzo 6	a)	La mujer en la sociedad de hoy...	Dra. Rosario Rexach
	b)	La Biología y las ideas de nuestro tiempo	Dr. Gustavo Pittaluga
10. Marzo 13	a)	Orientaciones recientes de la teoría histórica.....................	Dr. Ramiro Guerra
	b)	Las nuevas teorías físicas..........	Dr. Manuel Gran
11. Marzo 20	a)	El problema de Europa..........	Sr. Francisco Parés
	b)	Los problemas del Asia........	Sr. Juan Yuis Martín
12. Marzo 27	a)	Los problemas del dinero.......	Dr. Juan A. Lliteras
	b)	Evolución de la idea socialista......	Dr. Calixto Masó

En el próximo cuaderno, Nº 2 de la serie, continuará la exposición del programa de la UNIVERSIDAD DEL AIRE.



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.